

JUAN SUÑÉ BENAGES

Elogios de Cervantes a Barcelona

Trabajo premiado por la Real Academia de Buenas Letras
de Barcelona en su Concurso de 1926

Publicado
a expensas del Excmo. Ayuntamiento de dicha Ciudad



BARCELONA
1927

JUAN SUÑÉ BENAGES

Elogios de Cervantes a Barcelona

Trabajo premiado por la Real Academia de Buenas Letras
de Barcelona en su Concurso de 1926

Publicado
a expensas del Excmo. Ayuntamiento de dicha Ciudad



BARCELONA
1927

ELOGIOS DE CERVANTES A BARCELONA.

TABLA

	Págs.
ELOGIOS DE CERVANTES A BARCELONA.	7
<i>Cervantes en Barcelona.</i>	II
Capítulo I. — <i>Barcelona.</i>	41
Capítulo II. — <i>Archivo de la corte.</i>	52
Capítulo III. — <i>Albergue de los extranjeros.</i>	56
Capítulo IV. — <i>Hospital de los pobres</i>	60
Capítulo V. — <i>Patria de los valientes</i>	65
Capítulo VI. — <i>Venganza de los ofendidos</i>	70
Capítulo VII. — <i>Correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y belleza, única.</i>	73

ELOGIOS DE CERVANTES A BARCELONA



NINGÚN día del año más a propósito para celebrar la simpática fiesta del libro que el señalado por el 7 de octubre, que se supone ser la del natalicio de Cervantes, por haber sido bautizado el 9 del mismo mes de 1547. Decimos que se supone porque hay autores que opinan, fundándose en la costumbre de Castilla de poner al recién nacido el santo del día que nació, haber visto la luz primera el 29 de septiembre, fecha en que la Iglesia celebra la fiesta de San Miguel, cuyo nombre se puso al ingenio complutense. Pero como la primera fecha generalmente es la más admitida, por nuestra parte debemos aplaudir al autor de haberla señalado para la celebración de la fiesta cultural del libro, porque, de todos los ingenios españoles, no hay ninguno de más merecimientos que el que dijo al principio del cap. iv del *Viaje del Parnaso*:

«Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien *La Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto a su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto comedias, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis novelas un camino
 Por do la lengua castellana puede
 mostrar con propiedad un desatino.
 Yo soy aquél que la invención excede
 A muchos, y al que falta en esta parte,
 Es fuerza que su fama falta quede.
 Desde mis tiernos años amé el arte
 Dulce de la agradable poesía,
 Y en ella procuré siempre agradarte.
 Nunca voló la pluma humilde mía,
 Por la región satírica, bajeza
 Que a infames premios y desgracias guía.»

¿Quién de todos los ingenios españoles ha superado en gracia y estilo al que escribió, para memoria de los siglos, los versos que se acaban de transcribir? ¿Quién, con más títulos que Cervantes, honra y gala del ingenio humano, mago de la belleza, artista de la palabra y en el lenguaje único y solo, puesto que ha merecido que al muy rico y vigoroso idioma castellano se le dé el dulce nombre de lengua de Cervantes, merece el homenaje nacional que, con motivo de la cultural fiesta del libro, se le rinde? ¿Quién como él ha dado materia para andar en movimiento todas las prensas del mundo, ya imprimiendo su inmortal *Quijote*, ya su bella *Galatea*, ya sus inimitables *Novelas*, o bien sus comedias y *Persiles*? Hasta el presente, nadie como el regocijo de las musas, que, con razón, puede llamarse el autor del mejor libro de nuestra literatura, de esa maravillosa novela llamada por algunos la biblia del buen humor, de esa sublime fábula de todos los tiempos y de todos los pueblos, que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto un rocín flaco, cuando dicen : allí va Rocinante».

El que levantó, sólo con esta producción, un grandioso monumento literario que admiran los presentes y admirarán las generaciones de todos los tiempos; monumento mucho más alto y sublime que el que nos legó el monstruo de naturaleza y monarca del teatro, el gran Lope de Vega, y que puede parangonarse, por no decir que les supera en

lo humano, a los levantados por Homero, Horacio, Virgilio, Ovidio, Dante, Ariosto, Camoens, Shakespeare, Lord Byron, Corneille y Molière y a los más famosos de todas las literaturas. ¿Qué día más a propósito podía señalar nuestro Gobierno para la celebración de la hermosa fiesta dedicado al libro y a las letras que el día del natalicio de tan gran ingenio, del que dijo un escritor americano : «Si España no tuviera, en su catálogo de nombres gloriosísimos, más nombre que el de Miguel de Cervantes Saavedra, con él le bastaría para inmortalizar su historia, perpetuándola hasta el último minuto de la sucesión de los siglos venideros?»

Por nuestra parte diremos que feliz estuvo el ministro que señaló fecha tan memorable para la celebración de tan simpática y culta fiesta, y oportuna y feliz la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona al abrir un concurso para premiar el mejor trabajo que glosara, dividido en siete incisos, el elogio que de esta noble y hermosa ciudad hace Cervantes en el cap. LXXII de la segunda parte de su inmortal *Quijote*, o sean las palabras siguientes : «Y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y belleza, única.»

Merecedora de todas las alabanzas de los hijos de esta rica y culta capital es la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona por haber tenido el acierto de escoger tales palabras por tema, las cuales, dice el ilustre alienista doctor don Emilio Pi y Molist, en la pág. 316 de sus bellos *Primeros del Quijote* : «Los barceloneses debiéramos esculpir las con letras de oro en algunos de los lugares más frecuentados de esta ciudad, no tanto por lo que satisface al amor propio, cuanto por lo que obliga la advertencia que tácitamente nos hace, enderezada a la conservación y acrecentamiento de nuestro buen nombre.»

Así opinaba este médico eminente como catalán y como admirador de Cervantes, como creemos opinarán lo mismo todos los que se sienten orgullosos de haber nacido en Barcelona y los que de largo tiempo son habitantes de ella. Y es doblemente merecedora de aplauso tan docta cor-

poración, porque, con el glosario de los puntos por ella tan acertadamente escogidos del elogio que hace de nuestra querida ciudad el más grande de los ingenios españoles, da pasto abundoso a los pocos que hoy se consagran a los estudios cervantinos, a causa de la indiferencia que la generalidad del público ilustrado los recibe, para que averigüen los motivos que tuvo el regocijo de las musas para dedicar los elogios que prodiga a esta capital en sus obras, y las razones que le forzaron a tomarla por escenario, donde se representa, puede decirse, el último acto de su sin par novela, con el vencimiento de su héroe manchego, con el cual puso fin a sus locas y soñadas aventuras.

Por lo que toca a nuestra parte, hemos de decir que no es otra la finalidad del presente trabajo que exponer las razones y motivos que tuvo Cervantes para elogiar a Barcelona, puesto que, entre tantos comentadores como ha tenido el *Quijote*, salvo los continuadores del señor Cortejón, que comentan ligeramente dicho elogio, y Rodríguez Marín, que les sigue, de ninguno ha sido comentado, y no es que carezca de materia para serlo, sino porque para ellos tienen más importancia que el encomio que hace Cervantes de la capital de Cataluña y de sus laboriosos hijos, puesto que así lo han demostrado en sus largos comentarios, los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, las Ventillas de Toledo, Tendillas de Sancho Bienaya, la Giralda de Sevilla, el Ángel de la Madalena, la cima de Cabra, el caño de la Vecinguera, los Toros de Guisando, las fuentes de Leganitos, Lavapiés, la del Piojo, del Caño dorado, la Priora y de otros sitios y lugares que, por carecer de importancia muchos de ellos, huelga el comentario.

CERVANTES EN BARCELONA



Los elogios que dedica Cervantes en el *Quijote*, en *Las dos Doncellas* y en el *Persiles* a Barcelona; el haber llevado a ella al héroe manchego y a su gracioso escudero para que fuesen agasajados por don Antonio Moreno y por otros caballeros de la nata y flor de la nobleza catalana, y dar ocasión para que el sublime loco visitase una de sus mejores imprentas; el hecho de que en su playa acaban sus valerosas hazañas vencido por su paisano y vecino, el bachiller Sansón Carrasco; el haber tomado su puerto por escenario, donde se desarrolla uno de los principales episodios que se narran en su novela *Las dos Doncellas*, y para escribir en el cap. XII del libro III del *Persiles* los que cuenta Ambrosia Agustina a Periandro, a Auristela y a los demás peregrinos que les acompañaban, son indicios que demuestran que su autor residió algún tiempo en la capital de Cataluña. ¿En qué época? Punto es éste que aun está por esclarecer. Vicente de los Ríos, Pellicer, Navarrete, Aribau y otros biógrafos del más grande de los ingenios españoles, dicen que cuando vino a España monseñor Aquaviva, que fué en los últimos meses del año de 1568, legado por el Papa Pío V, para dar el pésame a Felipe II por la muerte del príncipe Carlos, tuvo ocasión de conocer a Cervantes y admitirle a su servicio, pasando con él a Italia.

Así explican los citados autores la expatriación del que, andando el tiempo, había de ser *el regocijo de las musas y el famoso todo*, sin intentar averiguar el itinerario que

siguió monseñor Aquaviva para regresar a Roma. Aribau afirma que lo hizo por Valencia, Cataluña, el mediodía de Francia, el Piamonte, el Milanesado y la Toscana, hasta la capital del orbe católico, ruta que, de ser cierta, ya no habría ninguna duda de que Cervantes estuvo en Barcelona, puesto que formaba parte del séquito de monseñor Aquaviva en los primeros días del mes de enero de 1569. Pero esta ruta que señala escritor tan insigne como enamorado de las inmortales obras cervantinas, no pasa de ser una mera conjetura; así lo demuestra el pasaporte expedido en Aranjuez a 2 de diciembre de 1568, dado por Felipe II, en el cual se conminaba al mencionado legado, por razones diplomáticas que no son del caso explicar aquí, a regresar a su país en el término de sesenta días, por Aragón y Valencia, en cuyo puerto, o en el de Cartagena, debió de embarcar para su ida a Italia.

Otra de las causas que se oponen al itinerario que marca Aribau, es el que se seguía por aquel entonces para ir de Madrid a Barcelona, que no era otro que el que describe Pero Villuga en su *Repertorio de todos los caminos de España : hasta agora nunca visto, en el qual allaran qualquier viaje que quieran andar, muy provechoso para todos los caminantes*, salido de las prensas de Pedro de Castro, en Medina del Campo, el año de 1546, en cuya obra se dice que el camino era por Guadalajara, Zaragoza, Lérida, Cervera, Igualada, Martorell y Molins de Rey. Esta misma ruta fué la que siguió a don Juan de Austria en junio de 1571 con motivo de embarcarse en el puerto de Barcelona para dirigirse a Italia, viaje que don Cayetano Rosell, en su *Historia del combate naval de Lepanto*, lo describe en esta forma : «Llegado el momento y recibidas de boca del Rey las instrucciones que debía tener presentes en el cargo que iba a desempeñar, se despidió de él y de su familia, y en posta y seguido de las demás personas de su casa y comitiva, partió apresuradamente camino de Guadalajara.»

En Guadalajara, a donde llegó aquella noche, le recibieron y hospedaron el Duque del Infantado y el de Medina de Rioseco... De Guadalajara, tomó don Juan la vía de Calatayud, en cuya ciudad recibió un correo con despa-

chos de embajadores y otros ministros y breves de Su Santidad... No se detuvo hasta Zaragoza, cuyos magistrados, caballeros y habitantes le hicieron pomposo recibimiento, y el 11, por la mañana, se dirigió al Santuario de Montserrat para encomendarse a aquella santa imagen, de quien era particular devoto. Por Martorell y Molins de Rey llegó el 16 a Barcelona.» Éste, pues, era el itinerario que seguían los que en aquellos tiempos iban desde la corte a la capital de Cataluña, y no el que pretende Aribau en el mencionado viaje de monseñor Aquaviva y su séquito a Italia, por cuyo motivo debe desecharse la suposición de que por aquel entonces el más grande de nuestros ingenios formase parte de su servidumbre, puesto que él mismo dice, en la dedicatoria de *La Galatea*, dirigida al ilustrísimo señor Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía, que había militado bajo las banderas de su padre, Marco Antonio Colonna, y que fué camarero del cardenal Aquaviva en Roma. Esta explícita declaración del propio Cervantes echa por el suelo la leyenda sustentada por sus biógrafos de que entró a su servicio cuando vino a España como legado del Papa Pío V, por la razón que aun no era cardenal, cuya dignidad de príncipe de la Iglesia no le fué conferida hasta el 17 de mayo de 1570.

Lo que se ignora es la fecha que entró a su servicio y el tiempo que estuvo en él, puesto que en agosto del mismo año de 1570 estaba en Italia militando bajo las banderas del mencionado general Marco Antonio Colonna, duque de Paliano, que mandaba las fuerzas que fueron en socorro de Chipre, cuya deliberación tuvo lugar el 9 de septiembre, y que después fué a levantar el sitio de Nicosia, lo que no pudo efectuar por haber caído ya en poder del Gran Turco Selim. De que Cervantes formaba parte de dichas fuerzas se deduce por haber tomado las ruinas de esta ciudad para el desarrollo de su novela *El Amante liberal*, que empieza: «¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores!... Estas razones decía un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas de la ya perdida Nicosia.»

Desde estos hechos hasta la memorable batalla de Lepanto nada se sabe de su vida. Sólo se sabe, y así lo declara él mismo en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* y en el que puso al frente de las *Novelas ejemplares*, que *en tan alta ocasión* perdió la mano izquierda de un arcabuzazo, que no curó hasta en abril de 1572, saliendo poco después de Mesina para incorporarse a la compañía de Ponce de León, que formaba parte del tercio de Lope de Figueroa; que en el año 1573 asistió a la toma de la Goleta, que el mismo año se restituyó a Sicilia y recorre parte de Italia; que a principios de 1574 estuvo en Cerdeña y en el Genovesado; que al regresar a España con su hermano, en la galera «Sol», el 26 de septiembre de 1575, fueron atacados por unos piratas berberiscos y llevados cautivos a Argel, donde estuvo hasta el 19 de septiembre de 1580, desembarcando en Valencia a últimos de noviembre del mismo año.

Por lo que se deja expuesto se ve claramente que Cervantes no estuvo en Barcelona ni con monseñor Aquaviva ni cuando regresó de su cautiverio, y ante hechos tan elocuentes como negativos, cabe preguntar : ¿Cuándo y en qué época y sazón viajó por Cataluña y pudo residir en su capital? Nuestra opinión, respecto a extremo tan importante, es que debió efectuar su viaje a principios de 1569. En este año fué cuando, dejándose llevar de su espíritu aventurero, como se dejaba llevar casi toda la juventud de su tiempo, seguramente le forzó a desgarrarse de sus padres para ir en busca de aventuras en las armas, medio de que se valían muchos para cobrar honra y fama, y que solo, o bien acompañado de otros amigos, por Aragón, Lérida, Igualada, Martorell y Molins de Rey, llegó a Barcelona, donde es de presumir, por lo que se desprende de sus obras, pasaría algunos días para continuar su interrumpido viaje a Italia, por Gerona y el Rosellón. Si se tiene en cuenta que Cervantes reunía las imprescindibles cualidades tan necesarias para conocer el mundo, como son perspicacia y observación, habremos de convenir que muchos de los episodios que se leen en sus obras son escenas reales vistas por sus propios ojos. Sólo así pudo pintar de mano maestra, como ningún otro autor, en sus inmortales producciones,

la vida de los gitanos, jiferos, rufianes, gariteros, tahures, fulleros, placeras, la manquedad fingida y la llaga falsa; la vida soldadesca acompañada de «la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pependencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios» y otras cosas referentes a tan azarosa vida. Quien supo retratar maravillosamente todos los vicios, virtudes y milagros de los curiales, corchetes, alguaciles, médicos, boticarios, sastres y zapateros, en fin, de todos los componentes que formaban la sociedad de su tiempo, de la presente y de la venidera, no cabe duda alguna, por lo que se desprende de la lectura de sus obras, de que estuvo en Cataluña en el mencionado año de 1569, donde probablemente tuvo ocasión de conocer, por referencias o personalmente, a algunos de los bandoleros de los bandos de Santa Cilia, Margarit, Sala de Gallifa o a sus propios caudillos, como más tarde conoció, en su segundo viaje a la ciudad condal, hacia los años de 1606 a 1607, del cual se habla más adelante, al famoso Perot Rocaguinarda. Decimos que debió haber visto a dichas cuadrillas de bandoleros, o a alguno de sus caudillos, por lo que se lee en el libro II de *La Galatea*, obra que vió la luz en 1585, donde se dice que Silerio, convertido en ermitaño, cuenta a Tirsi, Damón, Elicio y a Erastro, sus amargas desventuras y los motivos que le forzaban a hacer la vida de solitario, explicando el desgraciado suceso que ocurrió a su buen amigo Timbrio, de esta manera: «Caminando por el reino de Cataluña, a la salida de Perpiñán dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenían por señor y cabeza a un valeroso caballero catalán, que por ciertas enemistades andaba en la campaña, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse a ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa ajena de toda cristiandad y digna de toda lástima. Sucedió, pues, que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar a Timbrio lo que llevaba, llegó aquella

sazón el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno a Timbrio se hiciese, antes pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil cortesés ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca; que otro día por la mañana le daría una señal de seguro para que, sin temor alguno, pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia... Mas la fortuna que hasta entonces con Timbrio se había burlado, ordenó que aquella misma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, sólo para este efecto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron a otros muchos, y uno de los presos fué Timbrio, a quien tuvieron por famoso salteador que en aquella compañía andaba; y, según se debe imaginar, sin duda le debía de parecer mucho, pues con atestiguar los demás presos que aquél no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que, sin más averiguación, le sentenciaron a muerte.» También cuenta Silerio la manera de cómo libertó a Timbrio cuando lo llevaban al suplicio, hazaña que le valió ser llevado a la cárcel, la forma con que fué libertado por unos piratas berberiscos que entraron en el pueblo saqueándole y dando la libertad a los presos, cosa frecuente que hacían aquellos bárbaros en los pueblos de las costas catalanas, añadiendo que después de libertado se volvió a Barcelona para acomodarse de lo que había menester, y que su amigo Timbrio, con algunas heridas, se había escapado por diferente camino al puerto de Rosas. Estos episodios que narra Silerio, lo que cuenta su amigo Timbrio en el libro v de la misma obra; de que «el bajel que navegaba, en una borrasca, se halló mal gobernado en la costa de Cataluña, y que apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió a la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió a entender ser catalanes y ser Cataluña aquella costa», demuestran a las claras que Cervantes conocía bien a Cataluña, a los catalanes, a Barcelona y a sus cultos moradores desde su viaje a Italia, donde estuvo con ellos militando

bajo las banderas de Marco Antonio Colonna, en el tercio de don Miguel de Moncada, en el glorioso combate naval de Lepanto, en la toma de la Goleta y en su largo cautiverio, en el que tanto abundaban los cautivos de las costas catalanas y donde tuvo ocasión de apreciar su valor, su hidalguía y su honradez sin tacha.

Pero no fué sólo en esas peregrinaciones cuando Cervantes pudo admirar y cantar la belleza de Barcelona y estudiar y aquilatar el carácter del pueblo catalán que tanto honra y ensalza en sus admirables obras; fué cuando ya se había inmortalizado por haber dado a luz a su *Galatea* y a su sin par *Don Quijote*, de cuya maravillosa novela se habían impreso dos ediciones en Madrid, tres en Lisboa y dos en Valencia durante el año de 1605; fué en los últimos meses de 1606 cuando volvió a Cataluña y a visitar su bella capital, y aun quizá a residir en ella por espacio de algún tiempo, que bien podía abarcar hasta bien entrado el año de 1607, época que aun está por averiguar en qué población residía. Se sabe que desde que desembarcó en Valencia, después de su cautiverio, a fines de 1580, que en el mes de julio de 1581 estuvo en Cartagena, en agosto del mismo año en Lisboa, en 1582 en el combate naval de la isla de San Miguel, que en junio de 1583 sale en la flota del Marqués de Santa Cruz para las Azores, que el 12 de diciembre de 1584 se casa en Esquivias con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, que en 1585 publicó en Alcalá *La Galatea*, y que el resto del año lo pasa en Madrid. En 9 de agosto de 1586 figura como vecino de Esquivias, en 1587 se le ve dedicado a la prosaica tarea de ir acopiando trigo por los pueblos de la Mancha, y que en 1588 aparece residiendo en Sevilla, donde don Antonio de Guevara le confía el cargo de comisario para proveer de víveres a la armada, cargo que desempeña recorriendo varios pueblos y lugares de la provincia de Sevilla hasta 1593.

En 1594 se le ve en la de Granada cobrando, como alcabalero, las tercias y alcabalas que se debían a la Real Hacienda; en 1595 se traslada a Zaragoza con objeto de tomar parte en una justa literaria en honor de san Jacinto; en 1596 vuelve a Sevilla, donde continúa hasta 1603, pa-

sando este mismo año a Valladolid para rendir cuentas a la Hacienda de los cobros que, a nombre de la misma, había hecho en la provincia de Granada. En los años de 1604 y 1605 continúa residiendo en la misma capital, donde, en la noche del 27 de junio, socorre a don Gaspar Ezpeleta, que cae mortalmente herido frente a la casa que habitaba, por cuyo suceso se vió procesado y en la cárcel juntó con toda su familia, pero que, una vez probada su inocencia, recobraron la libertad y sobreseyóse la causa.

En febrero de 1606 trasládase la corte de Valladolid a su actual residencia, y es muy probable, dicen todos los biógrafos, que la siguiese Cervantes, los cuales añaden, que estaba ya en Madrid en 1608, y que corrigió la edición del *Quijote* que aquel mismo año salió de las prensas de Juan de la Cuesta, hecho que lo desvirtúan los centenares de errores que tal impresión contiene y las muchas correcciones que en la misma se estamparon, tomadas de las ediciones de Valencia de 1605 y de la que vió la luz en Bruselas en 1607. Lo único que hay de cierto, en todo esto, es que las huellas de Cervantes se pierden en los primeros meses de 1606, cuando la corte se traslada a Madrid, y no vuelven a aparecer, aunque muy inseguras, a pesar de lo que afirma don Aureliano Fernández Guerra en su obra *Ruiz de Alarcón*, hasta la fiesta literaria que se celebró el día 4 de julio de 1606 en la ínsula y casa de San Juan de Alfarache. Como desde esta fecha hasta el 8 de septiembre de 1608, que asiste a los desposorios de su hija con don Luis de Molina en la iglesia de San Luis, de Madrid, se ignoran los sitios y lugares que estuvo, no será aventurado suponer, y aun afirmar, que el Manco, sano y regocijo de las musas, amargado por el recuerdo de sus malandanzas por la Mancha, de su prisión en Sevilla y del enojoso proceso que se le siguió en Valladolid con motivo de la misteriosa muerte de Ezpeleta, determinase trasladarse a Barcelona en otoño de 1606 y que residiese en ella todo el tiempo que media desde los últimos meses de este año hasta bien entrado el de 1608. Que su estancia en la capital de Cataluña fué en esta época y que no debió ser breve, lo demuestran muchos de los episodios que se leen en la

segunda parte del *Quijote*, en *Las dos Doncellas* y en el *Persiles*. Puede decirse que los sucesos principales que se desarrollan en *Las dos Doncellas*, que empiezan en Castilblanco, lugar que dista cinco leguas de Sevilla, y que continúan en las cercanías de Igualada, los más interesantes son los que suceden en la ciudad condal y su playa. En esta producción su genial autor cuenta, como si él lo hubiese presenciado, un asalto cometido por unos bandoleros entre Cervera e Igualada,* los cuales, no contentos con robar a unos pacíficos viajeros, los despojaron de sus ropas y los ataron a unos árboles, contando, además, con mucha pericia geográfica, el itinerario que siguieron don Rafael, su hermana, Calvete y Leocadia para ir a Barcelona, que es el mismo camino que anduvo Cervantes en 1569 y en su segundo viaje a la misma ciudad, de este modo: «Con esto se dieron prisa a caminar sin perder jornada, y sin acacerles desmán o impedimento alguno, llegaron a dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada... ensilló Calvete, y a las ocho del día partieron para Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso Monasterio de Monserrate, dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con más sosiego a su patria... Con todo eso no se descuidaron de darse prisa, de modo que llegaron a Barcelona poco antes que el sol se pusiese.

* En las comarcas de Cervera, Igualada, Martorell, Villafranca del Panadés y en otras, a principios del siglo xvii, según mi buen amigo el erudito don Luis Carlos Viada y Lluch, andaba ya en boca de las gentes un cuento que se cantaba al mismo tono del Prefacio, que decía: «Un dia venint de Tàrrega, vaig trobar dos homes, me varen robar cent unces d'or y també una mula molt bona; me varen fer jurar que no ho diria a cap home ni cap dona, y a Vós, Pare celestial, que no sou home ni dona, us ho tinc de dir qu'els qui'm varen robar són a sota la trona, y si la justicia vol fer el favor d'agafarlos, que corri, que ja són a la porta.» Este cuento, en forma de delación, es muy probable que lo oyera Cervantes cuando pasó por allí la segunda vez que vino a Barcelona, y que al escribir el cap. i de la segunda parte de su maravillosa novela lo recordase para hacer decir al barbero: «Por mi, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere ni a rey ni a Roque, ni a hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega», cuento que han pasado en silencio todos los comentadores de nuestro libro rey, y que el señor Rodríguez Marín dice, con mucha razón, en nota: «Ninguno de los anotadores del *Quijote* dió con este romance. Yo tampoco, y justo es decirlo y no pasar de largo disimuladamente, como si el tal romance fuera cosa que por harto sabida pudiera dejarse en silencio.»

Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y *la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.*»

Este hermoso elogio que hace de Barcelona, que puede parangonarse con el que escribió en el cap. LXXII de la segunda parte de su inmortal *Quijote*, que ha dado motivo a este trabajo; la relación de la lucha trabada con la gente de las galeras que se había revuelto contra la de la ciudad; los sucesos que narra ocurridos a Marco Antonio, don Rafael, Teodosia y a Leocadia, de los cuales salen sin daño alguno de la furia de la multitud, debido al auxilio que les presta un caballero principal llamado don Sancho de Cardona, que se los lleva a su casa con Marco Antonio gravemente herido, donde son solícitamente cuidados todo el tiempo que éste tarda en sanar; el doble casamiento efectuado en su casa entre Marco Antonio y Teodosia, don Rafael y Leocadia, «vistiendo a las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino»; el decir «que es condición natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer a los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna»; el comedido despedimiento que hace el cortés caballero catalán a sus cuatro huéspedes al partir para su patria, diciéndoles «que de su natural condición nacía hacer aquellas obras, u otras que fuesen buenas a todos los que conocía o imaginaba ser hidalgos castellanos», y el detalle que da de que Marco Antonio y don Rafael, acompañados de sus respectivas esposas, vestidas de peregrinas, «en tres días llegaron a Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que a buenos católicos y cristianos debían, con el mismo espacio volvieron a su camino», son cosas narradas por quien fué espectador de ellas. Esta romería al Santuario de la Virgen de Montserrat revela que el mismo Cervantes rezó quizá más de una vez ante la imagen de la Patrona de los catalanes, puesto que en el

siglo xvii, según dice el señor don Francisco Carreras y Candi en su erudito y bien documentado trabajo *Lo Cervantisme a Barcelona*, los monjes de aquel monasterio tenían la costumbre establecida de que los forasteros no podían residir allí más de tres días. Otro de los datos que dan indicios de que nuestro famoso autor oró más de una vez en dicho monasterio son los siguientes versos que escribió al principio de la jornada cuarta de *El Trato de Argel*, que dicen:

«Virgen de Montserrate,
Que esas ásperas sierras hacéis cielo,
Enviadme rescate,
Sacadme deste duelo,
Pues es hazaña vuestra
Al mísero caído dar la diestra.»

Pero donde Cervantes demuestra más su admiración hacia Barcelona y a sus moradores, y revela haber convivido entre ellos largo tiempo, es en la segunda parte de su inmortal *Quijote*. Su propósito, dice en el cap. iv de la citada parte, era llevar al famoso héroe manchego y a su fiel escudero a Zaragoza, propósito que vuelve a repetir en los caps. lvii y lviii, y que no realizó por el motivo siguiente: Estaba escribiendo el cap. lix cuando tuvo noticia de haber salido de las prensas de Felipe Roberto, en Tarragona, en 1614, el *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrito por el encubierto licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, cuando se enteró que dicho autor se le había adelantado en mandar al protagonista de su novela a la capital de Aragón, no para contender y romper lanzas con el señor de Charní, con don Diego Pimentel ni con otros caballeros, sino para que hiciese mil locuras so pretexto de llevarle a la cárcel y para que le azotasen. Tan inopinado suceso fué motivo poderoso que forzó a Cervantes a que los héroes de su hermosa y humana fábula no entrasen en la capital aragonesa, de cuyo hecho se disculpa en el mismo cap. lix en esta forma: «Por el mismo caso, respondió don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno y echarán de ver las gentes

como yo no soy el don Quijote que él dice.» Y creyendo que esto no bastaba para sincerarse ante la mordedora crítica, añadió en el cap. LXXII : «Sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberse dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona, *archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.*»

Este bellísimo elogio que hace de Barcelona, el que se ha copiado ya de *Las dos Doncellas*, los episodios que cuenta Ambrosia Agustina en el libro III, cap. XII del *Persiles*, los muchos caballeros que salieron de la ciudad a recibirla, y de otra gente principal de las galeras, aposentándola, junto con las personas que con ella desembarcaron, en una suntuosa casa; aquello que se lee, también, al fin del mismo capítulo, de «aquella noche se alteró el mar de modo que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura», seguido de : «*Los cortesés catalanes, gente enojada, terrible, y pacífica, suave; gente que, con facilidad, da la vida por su honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo*, visitaron y regalaron todo lo posible a la señora Ambrosia Agustina», son testimonios que certifican claramente el conocimiento que tenía Cervantes de Barcelona, del carácter de sus habitantes, de sus costumbres, y hasta la seguridad de su playa. ¿Cómo pudo adquirir tales conocimientos? Ya se ha dicho que parte en el año 1569 cuando su viaje a Italia, y luego después en Lepanto, en la Goleta y en su largo cautiverio, y parte durante su larga estancia en la hermosa ciudad de los Condes hacia los años de 1606 y 1607. Que forzosamente fué su residencia por este tiempo y que no pudo ser antes ni después, se han expuesto ya las razones, o sea que en julio de 1606 se pierden sus huellas, que no vuelven a aparecer hasta el 8 de septiembre de 1608 en Madrid, en

cuya capital se le ve residir los años siguientes, hasta que muere el 23 de abril de 1616. Debe, pues, rechazarse la suposición del señor Soler y Terol de que Cervantes estuviese en Barcelona en junio de 1610, época en que andaría atareado en retocar y limar sus *Novelas ejemplares* que vieron la luz pública hacia agosto de 1613, y aun quizá acabando algunas de ellas o bien algunos de sus entremeses, en cuyo tiempo parece ser escrito el intitulado *La Cueva de Salamanca*, ya que en esta pieza comienza a verse la silueta de Rocaguinarda, dibujada por el estudiante Carraolano en esta forma: «Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme a mi tierra: robáronme los lacayos o compañeros de *Roque Guinarde, en Cataluña, porque él estaba ausente; que a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio; porque es muy cortés y comedido y además limosnero.*» Y si a todo esto se agrega la larga labor que representa la segunda parte del *Quijote* y *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, obras que tenía en cartera y que ya anunció al fin del prólogo de sus *Novelas*, y las *Semanas del Jardín* y la segunda parte de *La Galatea*, que no debió terminar, bien se podrá deducir que quien estaba tan atareado en aquel tiempo, no estaba para emprender largos viajes, como lo era entonces el de Madrid a Barcelona, y más viajando en posta o diligencia, por cuyo motivo debe desecharse la suposición de su estancia en la ciudad condal en 1610, época que el famoso bandolero Rocaguinarda estaba descansando en Francia de donde no regresó hasta enero de 1611.

Además de lo que se ha copiado de *Las dos Doncellas*, son varias las obras que el príncipe de los novelistas recuerda a Cataluña. En el libro II de *La Galatea* dice Silerio que embarcó en Cádiz, y «en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos... Acordé de volverme a Barcelona, adonde como ciudad más grande podría hallar quien me acomodase de lo que me faltaba». En el libro V de la misma obra dice Timbrio: «Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió a la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió a entender ser catalanes y ser de Cata-

luña aquella costa... En este entretanto fué Darinto a Barcelona, donde, proveyéndose de lo que menester habíamos, dió la vuelta.» En *La Fuerza de la Sangre* se lee: «Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona... Ofreciéndosele ocasión de cuatro galeras que estaban a punto de venir a España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas... y, con próspero suceso, en doce días llegó a Barcelona.» También en la primera jornada de *El Trato de Argel* menciona a la ciudad de los Condes en estos versos:

«Quitóle libertad el hado esquivo;
De Málaga pasando a Barcelona,
Cautivóle Mamí, corsario altivo.»

Y en la *Adjunta al Parnaso*, preguntando el mismo Cervantes a Pancracio de Roncesvalles, cómo, cuándo, y a qué fué al Parnaso, le contesta el poetillo : «Cómo fui, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona.» En el libro III, cap. XII, del *Persiles*, se lee que Periandro, Auristela y demás acompañantes, «Llegaron a Barcelona a tiempo cuando llegaban a su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva a la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua.»

Que el gran ingenio complutense no perdía ocasión de manifestar su amor a Barcelona y su probada admiración hacia la hidalguía catalana lo demuestran los ejemplos que se acaban de copiar, y el hecho de haber llevado a la bella y culta capital de Cataluña a los héroes de su inmortal *Don Quijote*; el convertirla en escenario para desarrollar los más importantes sucesos que se leen en su maravillosa fábula, como es el vencimiento de Don Quijote por el caballero de la Blanca Luna que, bajo tan pomposo nombre, se encubría el bachiller Sansón Carrasco, cuyo vencimiento es el fin y remate de las aventuras del famoso paladín manchego; las discretas escenas que pasan en sus calles y en casa de don Antonio Moreno; la significativa visita que

hace el sublime loco a una de sus mejores imprentas, y el haber dedicado a Cataluña y a su hermosa capital siete capítulos de la más bella obra que ha producido el humano ingenio, o sea desde el LX hasta el LXVI y parte del LXXII de la segunda parte de su novela sin par, son, a nuestro entender, hechos muy elocuentes que significan que Cervantes quiso rendir con ellos un hermoso homenaje de admiración como recuerdo a la hidalga ciudad que tan bien le había acogido durante su larga estancia en ella allá por los años de 1606 a 1607.

En los citados capítulos, particularmente en los tres primeros, cualquier mediano lector podrá ver que es donde Cervantes revela poseer conocimientos muy singulares de la topografía de Barcelona y de sus alrededores, del carácter y costumbres de sus habitantes, y de conocer a fondo las enconadas luchas que sostenían a principios del siglo XVII los dos bandos llamados nyerros y cadells; testimonio de ello son los siguientes fragmentos del cap. LX : «Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y, yendo a arrimarse a otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y, alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió a otro árbol, y sucedióle lo mismo. Dió voces llamando a don Quijote que le favoreciese. Hízolo así don Quijote; y, preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas.

Tentólos don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser; y díjole a Sancho : “ — No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas, que tientes y no vees, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta : por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona.” Y así era la verdad como él lo había imaginado, al parecer.

Alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía; y si los muertos los habían espantado, no menos

los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que, de improviso, les rodearon, diciéndoles, en lengua catalana, que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán... El cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota y con cuatro pistoletas (que en aquella tierra se llaman pedreñales) a los lados.»

Aunque en ninguna obra hemos hallado el más pequeño indicio de que la justicia de aquel tiempo ahorcase en los árboles a los bandoleros que cogía, es muy verosímil que la espeluznante escena que vieron don Quijote y Sancho en las cercanías de Barcelona tenga alguna relación con alguna otra semejante que el mismo Cervantes, en sus viajes por los caminos de la capital de Cataluña, hubiese sido testigo. Lo induce a creer así la pintura que hace del famoso bandolero Rocaguinarda, a quien no cabe duda que conoció personalmente y habló con él en más de una ocasión. Sin embargo, el señor Soler y Terol, en la pág. 250 de su bien documentada obra, intitulada *Perot Roca Guinarda*, dice: «No conexía, Cervantes, personalment a n'En Roca Guinarda, pro l'habia sentit molt a nomenar... En Roca Guinarda tenia vint y vuyt anys, en la época que Cervantes fa trobarlo ab D. Quijote.»

En efecto, esta edad tendría el famoso caudillo de los nyerros si realmente el encuentro con don Quijote fué en 1610, puesto que pasaba de los veintinueve cuando salió desterrado a Nápoles, ya que embarcó en Mataró en octubre de 1611. Pero como todos los sucesos que narra Cervantes en los caps. LX y LXI suceden a principios del año 1615, como lo demuestra claramente el hecho de ver componer el famoso manchego, cuando visitó la imprenta en Barcelona, el *Quijote* del encubierto Alonso de Avellaneda, que salió a luz en Tarragona en 1614, es muy natural y atendible que el célebre caudillo de los nyerros, que nació en Oristá el 18 de diciembre de 1582, cuando se encontró con don Quijote y Sancho tendría poco más o menos la edad que dice Cervantes, quien debió conocerle personalmente, como lo demuestran aquellas palabras que

puso en boca del mismo bandolero para consolar a don Quijote : «— No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinarda, que tienen más de compasivas que de rigurosas», palabras que contesta el héroe manchego de este modo : «— No es mi tristeza — respondió don Quijote — haber caído en tu poder, ¡oh valeroso Roquel, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierran.» Esto, y aquel rasgo que cuenta de él, más propio de un cortés caballero que de un capitán de bandidos, ordenando a los criados de don Vicente Torrellas que llevasen su cuerpo muerto al lugar de su padre para que le diesen sepultura, ofreciéndose, además, acompañar a Claudia Jerónima y de defender a su padre de los parientes del muerto, unido a aquello de : «mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y, haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo a dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva», son pruebas claras de que quien da tantos detalles y pormenores de la vida y milagros de tal personaje, forzosamente hubo de conocerle y tratarle.

Otro de los motivos que fuerzan a opinar de este modo es el siguiente detalle que da de la vida y costumbres de aquellos bandoleros : «Llegó en esto uno, o algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía y dar aviso a su mayor de lo que pasaba, y éste dijo : “— Señor, no lejos de aquí, por el camino que va a Barcelona, viene un gran tropel de gente.” A lo que respondió Roque : “— ¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, o de los que nosotros buscamos?” “— No, sino de los que buscamos,” respondió el escudero. “— Pues salid todos — replicó Roque —, y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno.”» Tanto esto, como la siguiente narración, no hay duda de que su autor fué uno de los testigos de esta escena : «Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo

consigo dos caballeros a caballo y dos peregrinos a pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados que, a pie y a caballo, las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros tenían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando a que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó a los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban.

Uno dellos le respondió : “ — Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos a embarcarnos en cuatro galeras que dicen que están en Barcelona con orden de pasar a Sicilia. Llevamos hasta doscientos o trescientos escudos, con que, a nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permiten mayores tesoros.”

Preguntó Roque a los peregrinos lo mesmo que a los capitanes. Fuéle respondido que iban a embarcarse para pasar a Roma, y que entrambos podían llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber también quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de a caballo dijo: “ — Mi señora Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija, una doncella y una dueña, son las que van en el coche. Acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.” “ — De modo — dijo Roque Guinart — que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales. Mis soldados deben de ser hasta sesenta : mírese a cómo cabe a cada uno, porque yo soy mal contador.”

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo : ¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los *ladres* que su perdición procuran!

Mostraron afligirse los capitanes, entristeciése la señora Regente, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscación de sus bienes. Túvoles así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza (que ya se podía conocer a tiro de arcabuz), y, volviéndose a los capitanes, dijo : “ — Vuestas mercedes,

señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regente ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré para que, si toparen otras de algunas escuadras mías que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intención de agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales.”

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le había forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta a un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos a dar toda su miseria, pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y, volviéndose a los suyos, les dijo : “ — Destos escudos, dos tocan a cada uno y sobran veinte : los diez se den a estos peregrinos, y los otros diez a este buen escudero, porque puedan decir bien de esta aventura.”

Y trayéndole aderezo de escribir (de que siempre andaba proveído Roque), les dió por escrito un salvoconducto para los mayores de sus escuadras; y, despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno que por ladrón conocido.»

Pero no acaban aquí los detalles y pormenores que da Cervantes de Rocaguinarda y de su buena gente, puesto que al principio del cap. LXI declara el tiempo que pasó don Quijote (que bajo su nombre se encubre el suyo) con el caudillo de los nyerros, de esta manera : «Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y, si estuviera trescientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el

modo de su vida. Aquí amanecían, acullá comían. Unas veces huían sin saber de quién, y otras esperaban sin saber a quién. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos o le habían de matar o entregar a la justicia : vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos, a Barcelona.»

Todos estos detalles y pormenores de los hechos que van copiados, dicen claramente que no son fruto de la imaginación del novelista, sino escritos y narrados por quien fué testigo presencial de ellos; así lo confirma el epígrafe del citado capítulo, que dice : «De lo que le sucedió en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.»

Tampoco pertenece a la fábula, sino a la realidad, la visita que hizo don Quijote (cuyo nombre ya se ha dicho que encubre el de Cervantes) a una de las imprentas más importantes de Barcelona, visita que se describe en el capítulo LXII, y que se ignora cuál fué la que visitó, pues mientras unos suponen fuese la de Pedro Malo, otros opinan ser la de Mathevat, no faltando candidatos por la de Sebastián de Cormellas. Nosotros opinamos que fué ésta y no ninguna de las dos primeras, por la razón de haber muerto Pedro Malo hacia el año de 1590 y de figurar al frente de su imprenta el nombre de su hijo Pablo, que vió la luz en 1572 y murió en 1595, continuando sus herederos imprimiendo en compañía de Sebastián de Cormellas hasta 1597, hecho que confirma el colofón del *Marial* del padre Felipe Diez, que reza : «Fué impreso el presente libro en la muy insigne, y leal ciudad de Barcelona, por los Herederos de Pablo Malo, y Sebastián de Cormellas. Año

de 1597.» Las razones que se oponen a que fuese la de Mathevat son harto convincentes, puesto que su nombre como impresor, no figura hasta 1609, que se le ve establecido en la calle del Call, y que en 1615 aparece imprimiendo *delante de la Retoria de Nuestra Señora del Pino*, de cuyas prensas salió en 1617 la *Segunda parte del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha*, continuando allí imprimiendo hasta 1622. Por estas fechas que señalan la vida de la imprenta de Mathevat, y por haber desaparecido ya la que funcionaba a nombre de los Malos en 1597, se viene en conocimiento que ninguna de ellas pudo visitar Cervantes bajo el nombre de don Quijote cuando vino a Barcelona hacia las postrimerías de 1606 o a principios de 1607, único tiempo, como se ha dicho ya, en que debió efectuarlo, y no más tarde, por el motivo que en septiembre de 1608 se le ve residir en Madrid, siguiendo allí de asiento hasta que murió, el 23 de abril de 1616.

El erudito director de la *Crónica Poligráfica*, don Eudaldo Canivell, que es voto de calidad en el arte tipográfico, y concedor como pocos de la historia de la imprenta en Cataluña, en un notabilísimo trabajo intitulado : *¿Qué imprenta pudo visitar Don Quijote en Barcelona?*, que vió la luz en el *Anuario Tipográfico Neufville*, en Barcelona, en 1912, dice : «Es sabido que en las portadas de la primera edición del *Quijote* (1605) y la portada de la segunda parte (1615), por Juan de la Cuesta, impresor, consta al pie el nombre del protoeditor en esta forma : *Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro señor*. Es indudable que el autor de la obra, literato insigne, trataría a dicho librero, pues fué su editor, — y lógico es suponer que tendría con él buena relación, aparte de la comercial.

Más aun. En tiempos de Cervantes, y en su misma patria, hubo un impresor-librero llamado Pedro de Robles, tal vez hermano del protoeditor del *Quijote*. Trabajaba en compañía de un consocio de apellido catalán : Francisco de Cormellas. La razón social Robles y Cormellas ejerció las artes del libro en Alcalá, años 1563. a 1566, y también en Guadalajara el año de 1564. Otro Robles

(Pedro de) imprimía en Lérida hacia 1569, donde había Universidad, como en Alcalá.

Fácil era que Cervantes conociera ambos impresores librereros, ya directamente, por haber ejercido aquéllos en la cuna del famoso autor, o bien sea por mediación del librero del rey. Las fechas y localidades dan lugar a tenerlo por verosímil.

Cervantes frisaba entre dieciséis y diecinueve años cuando Pedro de Robles y Francisco de Cormellas trabajaban en Alcalá de Henares, y su padre ejercía la medicina en aquel emporio intelectual de España, cuyo foco era la Universidad fundada por el Cardenal Cisneros. Nada se opondría, pues, a la probabilidad de relacionarse el joven Cervantes, hijo de un hombre de carrera, con aquellos dos librereros. Y caso de no haber trabado conocimiento entonces, bien pudo efectuarse tal relación después, hacia 1604, con motivo de publicarse el *Don Quijote*, cuyo editor ya hemos dicho que fué Francisco de Robles, así de la primera parte (año 1605) como de la segunda (año 1615). Si entre los dos librereros de este apellido es verosímil que hubiera parentesco, igual circunstancia podía concurrir entre el impresor-librero de Alcalá Francisco de Cormellas y el rico mercader barcelonés Sebastián de Cormellas, propietario de la imprenta de la calle del Call, a que antes hicimos referencia.» Y añade el erudito director de la *Crónica Poligráfica*:

«Aunque había en Barcelona por lo menos dos imprentas bien instaladas y principales, al comenzar el siglo XVII, una situada frente a la iglesia del Pino (se refiere a la de Mathevat), esquina a la calle de Petritxol, hoy edificio ocupado por la litografía de Hijos de Gabriel Roig, y otra en la calle del Call ya referida, a ésta damos la preferencia, partiendo del supuesto de que Cervantes en su imaginación llevó a don Quijote a visitar en Barcelona una "determinada" imprenta.

Sería, pues, la que Sebastián de Cormellas adquirió por compra, el año de 1591, de la viuda de Huberto Gotardo, por el precio de 25,000 libras (66,250 ptas.), y era de las más abundantes, tanto en caracteres como en prensas y

demás enseres e instrumentos, pudiendo trabajar en ella once oficiales. Fué la imprenta de la ciudad, con carácter oficial, viviendo Cormellas. Las obras allí estampadas, catalanas, castellanas y latinas, dan buena idea del importante establecimiento.»

Ignoramos lo que hay de cierto respecto este último extremo que afirma tan distinguido polígrafo, por parecernos que está en manifiesta contradicción con lo que dice el ilustrado librero don Juan Bta. Batlle, rebuscador infatigable de todo lo concerniente a las artes del libro en Cataluña, en un erudito artículo que va al frente de su catálogo publicado en enero de 1926, con el título *Estampers Barcelonins del segle XVI*, refiriéndose al impresor Huberto Gotardo, dice : «Sens dupte morí durant la peste d'aquest any (1589), puix als 24 de janer de 1591 trobam la "Rebuda de 4 sous de les esposalles de Sebastiá de Cormelles, estamper de Alcalá de Henares, habitant a Barcelona, ab Maria, Vda. d'Hubert Gotart, ciudadá de Barcelona, feta per la obra de la Seu." Lo casament se celebrá en la Església del Pi lo 20 de febrer, assistinhi com a testimonis los llibreters Pere Deltell y Lluís Rovira.»

Pero, a nuestro ver, nada implica esta pequeña contradicción que hay entre la compra de la citada imprenta y el matrimonio de la viuda de Huberto Gotardo con Sebastián de Cormellas; por tanto, opinamos como el señor Canivell, de que la imprenta que visitó Cervantes, y que en el cap. LXII de su inmortal novela simula que fué don Quijote, no pudo ser otra que la del citado impresor de la calle del Call.

También participamos de la sospecha del mencionado autor de que, bajo el nombre de don Antonio Moreno, se ocultara el mismo Sebastián de Cormellas, en cuya casa se albergaron el famoso manchego y su gracioso escudero, el cual «estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego Miranda, y otro castillo como el del Duque.» En lo que opinamos lo contrario de lo que opina el señor Canivell es el suponer que, «al emprender el joven Cervantes su viaje a Roma (1569)

con el cardenal Aquaviva, fácil era que fuese portador de cartas de recomendación para Barcelona y otros puntos de su itinerario. Bien pudo ir recomendado al rico Sebastián de Cormellas y luego al través de los años sostener con él buena correspondencia.» Ya hemos dicho que no somos de la opinión del señor Canivell sobre este punto, porque nada hay que pruebe que Cervantes hiciera en 1569 su viaje a Italia con monseñor Aquaviva, ni que el tan nombrado impresor residiera en Barcelona en aquel tiempo; y aun suponiendo que así fuese, cabe preguntar: ¿Qué edad podía tener el impresor barcelonés cuando el que había de ser más tarde el príncipe de los ingenios españoles pasó a Italia? Es de suponer que tendría unos veintidós años, poco más o menos, que eran los mismos que tenía Cervantes, edad impropia para haberse creado un nombre ni una fortuna, ni de poseer los conocimientos necesarios para ponerse al frente de una buena imprenta. Que no debía tener más edad que el inmortal alcalareño, se deduce de su matrimonio con la viuda de Huberto Gotardo en 1591, en cuya época contaría ya cuarenta y cuatro años, que, sumados a los de la existencia de su imprenta de la calle del Call, que empezó a dar señales de vida en 1592 y se la ve desaparecer en 1624, cuando murió, si fué por aquel tiempo, al morir tendría unos setenta y siete años. Lo más probable es que la amistad de éste con el Manco de Lepanto datase desde la época de su regreso de Argel, es decir, de cuando estaba imprimiendo en Alcalá *La Galatea*, que salió de las prensas de Juan Gracián, a costa de Blas de Robles, en 1585, época en que Sebastián de Cormellas debía de estar en aquella ciudad ejerciendo las artes tipográficas. Así por lo menos se desprende del recibo de la cantidad que pagó de sus esponsales con la viuda de Huberto Gotardo que hemos copiado de don Juan Bta. Batlle, en el cual se hace constar que era *estamper en Alcalá de Henares y habitant en Barcelona*, y el hecho de no aparecer su nombre en esta capital hasta 1591. Que la amistad que trabaron ambos en la época citada fuese mantenida por medio de cartas, y que cuando estuvo por segunda vez Cervantes en Barcelona fuese su huésped, no lo negaremos, como tam-

poco dudamos de que debajo el nombre de don Antonio Moreno se oculta el del tantas veces citado impresor, a quien quizá le aplicó este apellido por el color de su rostro.

No es menos curiosa la descripción que hace nuestro autor de la playa de la capital de Cataluña, la visita que don Quijote y Sancho, don Antonio Moreno y otros caballeros hicieron a las cuatro galeras ancladas en ella, que mandaba un caballero principal valenciano, como lo era don Pedro de Vique que cita en *Las dos Doncellas*, que bien podía ser el mismo don Pedro Vich que menciona don Gregorio Mayans en su *Vida de Cervantes*, que fué general de las galeras de la carrera de las Indias en el reinado de Felipe III. La noticia que da del vigía que señalaba la clase de bajeles que divisaba, diciendo : «scñal hace Montjuich que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente», es otro indicio de que Cervantes estuvo días en Barcelona.

Pasamos por alto la presa por las galeras del bajel que iba la hija de Ricote y los episodios que ella cuenta en el cap. LXIII, así como el vencimiento de don Quijote por el caballero de la Blanca Luna, que se narra en el LXIV, para copiar las sentimentales palabras que Cervantes puso en boca del vencido héroe : «Al salir de Barcelona volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo: Aquí fué Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.»

¿Cuáles fueron los motivos que guiaron a Cervantes a llevar a los héroes de su inmortal novela a la culta capital de Cataluña? Un ilustre escritor, que goza ya de la paz de los muertos, nos referimos al señor Ortega Munilla, en un insidioso artículo que vió la luz en las columnas de *ABC* del 3 de enero de 1919, haciendo alarde de conocer a fondo el espíritu del más grande de los ingenios españoles y de sus más recónditos pensamientos, lanzó al espacio la noticia, con el sólo fin de ofender y zaherir los sentimientos de los catalanes, la burda patraña de que don Quijote «fué a Barcelona, ya que no había querido ir a Zaragoza, no

para ser festejado, sino para que las burlas y vituperios que allí sufrió quedaran en la memoria de los siglos y fueran vaticinio de lo venidero.» Añadiendo : «Todo lo que está acaeciendo en la ciudad condal se halla escrito y anotado minuciosamente en las páginas donde el Manco sano refirió las postreras aventuras del Infelice Caballero.» Más noble, más humano y más caritativo habría sido decir la verdad del caso, esto es : de que Cervantes no quiso mandar a don Quijote y a su inseparable escudero a Zaragoza por habersele adelantado el encubierto Alonso Fernández de Avellaneda en llevar a su don Quijote a la capital de Aragón, cuyo hecho tomó por pretexto el ingenio complutense para llevar a los protagonistas de su maravillosa novela a su venerada Barcelona, para demostrar con ello su reconocimiento a los catalanes por las atenciones que con él tuvieron durante el tiempo que estuvo con ellos. Este, pues, fué el verdadero motivo, y no otro el que movió a Cervantes a llevarlos aquí y no el que dijo el señor Ortega Munilla, motivo que aprovechó para rendir homenaje a Barcelona y a sus hidalgos moradores, porque quien demuestra tener tan elevado concepto de la gratitud, como lo manifiesta con las palabras de agradecimiento que dedica al Conde de Lemos y a don Bernardo de Sandoval y Rojas en el prólogo de la segunda parte del *Don Quijote*, y en el cap. LI, cuando el loco cuerdo manda la carta a Sancho, gobernador de la ínsula Barataria, diciéndole : «Escribe a tus señores y muéstrateles *agradecido; que la ingratitude es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho, da indicio que también lo será con Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace*», revela que era pan agradecido. Que a Cervantes no le guió otro móvil al mandar a Barcelona el más preciado fruto salido de su privilegiado ingenio que rendir el más grande homenaje para perpetuar el recuerdo de su estancia en ella, lo demuestra en siete capítulos de la segunda parte de su libro cumbre, donde todos los episodios que en ellos se narran suceden en la mencionada ciudad en vez de suceder en otras regiones cercanas a la Mañcha o en la misma meseta de Castilla.

¿Por qué no tomó por escenario de los mismos a Sevilla, Valladolid o Argamasilla de Alba, de cuyo nombre no quiso acordarse? La respuesta está en la mano, diría Sancho; porque las amargas y sinsabores que pasó en sus cárceles se lo vedaron, y sólo le permitieron que describiese de la primera de estas poblaciones, la vida y milagros de los rufianes, hampones, truhanes, fulleros, gariteros y mujeres del partido en su *Rinconete y Cortadillo*, y casi los mismos personajes, acompañados de alguaciles, corchetes, soldados, gitanos y hechiceras, en *El Coloquio de los perros*, y sobre todo, de la que hace desfilar en el entremés *La Cárcel de Sevilla*. En fin, toda gente baja y ruín, muy contrapuesta a la que agasajó en Barcelona a don Quijote, entre la cual figuraba el visorrey, el general de las galeras, don Antonio Moreno y otros caballeros de la nobleza catalana.

En Valladolid pasan las acciones de las novelas *El Casamiento engañoso* y del *Coloquio de los perros*; y del hospital de la Resurrección salió el alférez Campuzano para contar al licenciado Peralta todo lo que había oído a Cipión y a Berganza, a quien comúnmente llamaban los perros de Mahudes, guardianes de aquel benéfico asilo; pero en ninguna de estas dos novelas, que recuerdan la estancia de Cervantes en la citada ciudad, se lee el más ligero elogio en su alabanza. También puede decirse lo mismo de Madrid, donde suceden parte de los episodios de *La Gitanilla*; de Toledo, teatro de *La Ilustre Fregona* y de *La Fuerza de la Sangre*; Salamanca, que lo es de *La Tía fingida*, ni de otras muchas ciudades que menciona en las páginas de sus inmortales novelas. En cambio, en el capítulo I del libro III del *Persiles*, dedica a la ciudad de Lisboa, empezando en llamarla famosa, este elogio: «Aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana el cielo. Aquí el amor y la honestidad se dan las manos, y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerca la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son

discretos. La ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo. Su puerto es capaz, no sólo de naves que se pueden reducir a número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo copiosísimo tributo.» De la ciudad del Turia dice, en el cap. XII del mismo libro y obra : «Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien solo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas aunque fuese a costa de su cansancio, por llegar a Barcelona, adonde tenían noticia habían de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Génova.»

Bellos son los elogios que hace en estos pasajes de Lisboa y de Valencia, pero a nuestro entender ninguno llega en belleza a los que dedicó a Barcelona en *Las dos Doncellas*, en el *Quijote* y en el *Persiles*, ni les supera en vigor, elegancia y concisión, el que estampó en *El Licenciado Vidriera* para ensalzar la grandiosidad de Roma, a la que llama «reina de las ciudades y señora del mundo, de la cual nos dice que Tomás Rodaja (léese Cervantes), visitó templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron

sepultura; por sus puentes, que parecen que están mirando unas a otras, y por sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma : el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana.»

Y no fué sola la capital del orbe católico la única que mereció los elogios de nuestro gran ingenio, puesto que en el mismo *Licenciado Vidriera* se leen los siguientes, que recuerdan su paso por Italia y sus ciudades, de algunas de las cuales dice : «Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles.» De la capital napolitana dice que «a la admiración que traía de haber visto a Roma, añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde allí se fué a Sicilia, y vió a Palermo, y después a Mesina : de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente, y con verdad, es llamada granero de Italia... Desde allí, embarcándose en Ancona, fué a Venecia, ciudad que a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernán Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua : la de Europa admiración del mundo antiguo, la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y, finalmente, toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras con otros bajeles que no tienen número... Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió a Milán,

oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias.»

Estos fueron los elogios que, como recuerdo de su vida militar, dedicó a las ciudades italianas, el que fué herido y mutilado en Lepanto, cautivo más de cinco años en Argel, del que más tarde fué acopiador de trigo en la Mancha, alcahalero en Andalucía, preso en Argamasilla de Alba, en Sevilla y en Valladolid, pero ninguno de ellos, a nuestro ver, superan en belleza, elegancia, vigor y concisión, a los que dedicó a Barcelona en *Las dos Doncellas*, *Quijote* y *Persiles*, los cuales, a fin de que los lectores puedan compararlos entre sí, no estarán demás volverlos a copiar.

«Llegaron a Barcelona poco antes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.» (*Las dos Doncellas*.)

«Y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.» (*Quijote*, pág. II, cap. LXXII.)

«Los corteses catalanes, gente, enojada, terrible, y pacífica, suave; gente, que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo.» (*Persiles*, libro III, cap. XII.)

CAPÍTULO I

Barcelona

No es nuestro propósito, ni lo pide el tema de este trabajo, hacer una reseña histórica de Barcelona, puesto que desde su fundación hasta nuestros días puede verse en obras tan importantes y tan bien documentadas como en *Barcelona antigua y moderna*, escrita por don Andrés Avelino Pi y Arimón, en *Las calles de Barcelona*, de don Víctor Balaguer, y en la *Geografía de Cataluña*, de don Francisco Carreras y Candi. Así que sólo diremos que por su situación geográfica y por su importancia marítima fué llamada, por propios y extraños, la *Perla* del mar Mediterráneo, y que ya en el siglo XIV era considerada como indiscutible patria de famosos valentísimos guerreros y atrevidos navegantes, madre de la laboriosidad y madrastra de holgazanes, cuna de insignes varones que tanto esplendor y días de gloria dieron a las letras, a las ciencias y a las artes, que legaron a la posteridad esos grandiosos monumentos arquitectónicos religiosos y profanos que hoy admiramos y admirarán las venideras gentes. La fama que de guerrera, comercial e industriosa había alcanzado la capital de Cataluña desde el citado siglo hasta los tiempos de Cervantes, era tanta y de tanto valor, que, en un privilegio dado en 1390 por el rey don Jaime I, se lee ya el siguiente elogio dedicado a tan insigne ciudad : «Si las demás ciudades y pueblos de nuestros dominios nos hicieron loables servicios a nos y a nuestros antecesores, Barcelona fué la principal y digna de ser ensalzada con especial

loor. Y como creciendo ella, vemos también crecer nuestra alteza y nuestro poder hacerse más poderoso, debemos con libertad esmerarnos en los felices aumentos de tal ciudad.»

En el discurso que en la apertura de las Cortes celebradas en la villa de Pèrpiñán el 26 de enero del año 1406, que pronunció el rey don Martín de Aragón, en elogio de la nación catalana, se lee : «Vencido habéis a la fama con hechos virtuosos, pues hallamos que los catalanes, entre otras cosas muy singulares, han tenido gran fama por todo el mundo; en primer lugar, porque con lealtad han servido a su señor; en segundo lugar, porque con gran ardimiento han obrado cosas por su propio valor; últimamente, porque con gran liberalidad han mostrado su honor.» Acerca del primer punto, muy patente y notoria es a todo el mundo la gran voluntad y servicios que los catalanes han asistido a su Señor paternal, y todo por el gran amor y lealtad que en ellos siempre han residido. Valerio Máximo, en el tratado de su libro, dice así : «¿Necesitamos de ir a buscar dichos y hechos de naciones extrañas, cuando en la nuestra podemos hallar bastantes?... Así, pues, volviendo a nuestro propósito, veamos qué hechos obraron los nuestros. ¿No fué grande el servicio que hizo Roger de Lauria al rey Pedro cuando derrotó la armada del rey de Francia en el puerto de Rosas? ¿No fué grande el servicio que hicieron los catalanes al dicho rey en el collado de Panizars, pues en aquella jornada no había más que catalanes? ¿No fué grande el servicio que Roger de Lauria hizo al rey Jaime, nuestro bisabuelo, cuando desbarató el poder del rey Roberto de Nápoles en Sicilia, haciendo prisionero al príncipe, su hijo, con otros muchos personajes?... ¿No fué grande el servicio que hizo Bernardo de Cabrera al señor nuestro padre, cuando desbarató la armada de los genoveses en el puerto del Conde? ¿Cuando tomó Alguer y después, al cabo de quince días, peleó con el juez de Arbórea, vencéndole en batalla campal?

En el tercer punto decimos que su liberalidad la han mostrado con gran honor. En efecto, ¿qué pueblo hay en el mundo que goce de tantas franquezas y libertades, ni que sea tan liberal como vosotros? Leemos, pues, que en

todos los pueblos del orbe la mayor parte están sujetos a las imposiciones de sus señores, y a los donativos gratuitos, excepto vosotros, que sois inmunes de estas tallas; pero vuestra liberalidad es tanta, que podemos decir, que jamás nuestros predecesores tuvieron necesidades que vosotros no socorrieseis siempre. Basta, para confirmación de ello, que consideremos la ayuda que disteis al santo rey Jaime, a quien concedisteis el quinto de vuestros bienes para la conquista de Mallorca. ¿Cuánta fué, también, la ayuda que los catalanes dieron al rey Pedro, nuestro abuelo, en la guerra de los franceses? Pues no satisfechos con sacrificar por él sus vidas, le entregaron sus haciendas con que pudiese buscar recursos para sostener la guerra. No es menester ir muy lejos : véase el señalado socorro que disteis al rey, nuestro padre, en sus necesidades, singularmente en la guerra de la *Unión*, y en la de Castilla : pues en unas Cortes que tuvo a los catalanes en Tortosa, le disteis para mantener la guerra contra Castilla diez y siete cuentos de moneda. Luego bien se puede decir de vuestra liberalidad : *Compleverunt honorem Domini in donis suis.*

¿No fué grande la expedición de los catalanes a Levante, según hallamos en algunas historias, cuando Godofredo de Bullón fué a la conquista de la Tierra Santa, donde le acompañaron, siguiendo al conde Gerardo, gran número de roselloneses? ¿No dejaron también grande renombre y fama las otras hazañas que en Oriente obrasteis? Sean testimonio de ello las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, antiguamente graneros del imperio romano. Y siendo así que ni los romanos, ni africanos después de porfiadas guerras, jamás las pudieron retener; hoy por la gracia de Dios se conservan bajo de nuestra bandera y nombre. ¿No fué grande la fama y renombre que el conde de Barcelona, Berenguer III, y los catalanes dejaron en Alemania, libertando a la emperatriz del crimen de que fué falsamente acusada, cuya defensa nadie había querido tomar; antes bien quedó desamparada de todos los suyos, siendo, pues, por el conde y los catalanes librada? Si volvemos la vista hacia las regiones del Mediodía, los esforzados hechos que obraron los catalanes en las con-

quistas de Mallorca, Menorca e Ibiza, y las invasiones que hicieron en Berbería; veremos que en ellas dejaron gran renombre y fama. Si miramos a Poniente, y vemos el servicio que hicisteis al santo rey Jaime I en las conquistas de los reinos de Valencia y Murcia; ciertamente podemos decir, que bien ensalzados, habéis dejado allí vuestro nombre y valor.

Para conclusión de lo antes manifestado, por cuyas razones podemos aplicaros lo que dijo Julio César viniendo de la conquista de Germania a sus súbditos : *Alzad, alzad vuestras banderas, pues sois dignos de tener el Imperio de Roma. Luego podremos muy bien deciros : Alzad, alzad vuestras banderas, pues sois dignos de poseer el Principado de Cataluña.»*

También son dignas de copiar, además de las palabras que se acaban de transcribir, sacadas de un documento que figura en el Real Archivo de la Corona de Aragón, esotras que se leen en un privilegio dado en el año de 1432 por Alfonso V, que dicen : «No olvidemos el cuidado y vigilancia que merecen la defensa, conservación y aumento del arte mercantil, sobre la cual descansa toda cosa pública, no sólo de esta ciudad, sino de nuestros reinos y tierras.»

Carlos II, en otro privilegio otorgado en 1683, se expresaba de este modo : «Por causa del comercio ejercido por los barceloneses adquirió su ciudad tanto poder de riquezas, que por éstas consiguió el nombre de rica, y así en las conquistas poderosamente alcanzadas, por nuestros serenísimos antecesores en todos los países, con el apresto de sus naves; caudales y mercaderías, dieron medio con que se extendiese el nombre, las armas y la admiración de nuestros predecesores.»

Con estos reyes y con Cervantes, forman también coro de alabanzas a la ínclita Barcelona, no pocos escritores clásicos, de los cuales, empezando por el *Romancero general*, se copian los siguientes:

«Estando el Rey don Fernando,
Este tan esclarecido
En Barcelona la grande.»

«Don Juan Camino ha tomado
A la noble Barcelona
A do fué bien alojado.»

«Y en espacio breve y corto
Fué servido que aportase
A la insigne Barcelona
Con admiración notable.»

«En el tiempo que reinaba
Y en virtudes florecía
Este conde don Ramón,
Flor de la caballería,
En Barcelona la grande.»

«Y se hace cada año,
Fiesta en el tercero día
De Agosto, justos contados,
En Barcelona la rica.»

(*Biblioteca de Autores Españoles*, t. II, págs. 68, 180, 210 y 213.)

El siciliano Lucio Marineo Sículo, en su obra *De rebus Hispaniae memorabilibus*, según la traducción de Narciso Feliu de la Peña, en sus *Anales de Cataluña*, libro XVII, cap. II, dice que «Barcelona era una ciudad ilustrísima por sus príncipes; nobilísima por sus caballeros, sus riquezas, y grandes prosperidades sonaban por el mundo por muy maravillosas, y pujantes, y como a tales expuestas a la envidia.»

Pedro de Medina en *Grandezas y cosas notables de España*, impresa en Alcalá de Henares en 1595, dice en el cap. XLIII de la primera parte : «Llegó esta ciudad (Barcelona) a ser cabeza de Cataluña como agora lo es, y uno de los más hermosos pueblos de España, rico, apacible y muy bastecido... Esta ciudad de Barcelona de más de ser muy noble y rica, tiene los mejores edificios de casas de toda Europa : porque las más dellas son muy semejantes a castillos o fortalezas.»

Don Pedro Antonio Beuther, en la *Corónica general de España*, impresa en Valencia en 1551, en el cap. XIII del libro I, dice : «Fundó, pues, allí una población y llamóla

de su sobrenombre Barcino, como hallamos nombrada la ciudad Barcinona, en los antiquísimos escritores... Esta es, pues, la grande y antigua ciudad, en quien parece que dexó el gran Hamílcar Barcino toda su pujanza y ventura, que fué el mayor guerrero que en el mundo hubo en su tiempo.»

Florián de Ocampo, en el cap. XII del libro IV de *Los quatro libros primeros de la Coronica general de España*, impresos en Zamora en 1544, lee : «Llegó aquella ciudad (Barcelona) a ser cabeza de Cataluña, según también es agora : y uno de los hermosos pueblos, ricos, apacibles, y poderosos de España, cuyos hechos, así por la mar como por la tierra, con más las personas notables que de ella salieron : y todo lo restante de sus hazañas y valor, trataremos...»

Bernardino Gomes Miedes, en su *Historia del muy alto e invencible Rey Don Jaime I de Aragón*, impresa en Valencia en 1584, en el libro XVIII, cap. I, dice : «Mas ni fué menor maravilla ver la mucha hartura de vituallas y el cumplimiento de alojamientos que para todos hubo en la misma ciudad de Barcelona. Por lo cual, y ser esta una de las más insignes ciudades de España, será bien que digamos algo de su asiento y origen, de su maravillosa traza y bien labrados edificios, junto con su gran poder, y valor de ciudadanos, y mucho más de la ejemplar concordia de ellos para lo que toca al beneficio y conservación de su república.»

El P. Juan de Mariana en el libro II, cap. VII, de su *Historia de España*, dice : «Poco adelante de él fundó la nobilísima ciudad de Cataluña, con nombre de Barcelona, por los Barquinos, del cual linaje él era.»

Juan Rufo Gutiérrez, en el canto XIX de *La Austriada*, escribió:

«No hace un punto pausa en su corrida;
Que pueda ser alivio a su persona,
Hasta aquella ciudad esclarecida
Cuyo famoso nombre es Barcelona,
Donde toda la fuerza recogida
Está de amor, el cetro y la corona,
Y se nos muestra clara en su figura

La idea de la misma hermosura.
Allí parece el sol resplandeciente
Más que en ninguna parte de la esfera,
Allí se mira y goza eternamente
La deseada y dulce primavera.»

Al canto v de *El Montserrat*, de Cristóbal de Virués, publicado en Madrid en 1588, pertenecen los siguientes versos en alabanza a Barcelona:

«Montserrat, señor, la alta montaña
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña
Que he referido ya sumariamente
Está situada en la feliz España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre.»

Don Vicente Espinel, al principio del descanso once, de la relación tercera de la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, impreso en Barcelona en 1618, dice : «Llegamos a España, desembarcamos en Barcelona, ciudad hermosa en tierra y en mar, abundante de mantenimiento y regalos, que con oír hablar en lengua española parecían más suaves y sustanciosos; y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos, vi que a quien procede bien le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros, que en todas las repúblicas del mundo quieren que el forastero con el buen proceder obligue a la amistad... Muchos se quejan de pueblos donde han estado fuera de su patria... Yo sé decir, que en toda la Corona de Aragón hallé padre y madre.»

Fray Francisco Diago, en el fol. 1 de la *Historia de los victoriosos Condes de Barcelona*, impresa en esta ciudad en 1603, dice : «Pues el famoso filósofo griego Platón hacía tanto caso de la grandeza de su patria Atenas, que todos los días daba gracias a los dioses por haberlo hecho natural de aquella ciudad, y no de Tebas, no será fuera de razón darla yo de la majestad de la esclarecida ciudad de Barcelona, en la historia que emprendo ahora de sus excelen-

tísimos antiguos Condes, que, por serlo de ella, fueron tan estimados.»

También el monstruo de naturaleza, fray Félix Lope de Vega Carpio, en varias de sus producciones, escribió algunos elogios dedicados a la culta Barcelona. En *La hermosura aborrecida*, acto III, escena primera, se lee:

«A esta hermosa ciudad
De Barcelona partieron
Con ánimo de Cortes.»

Y en el auto sacramental *El Misacantano*:

«Y a Castilla, gran prelado,
Ofrece alegre este día
Mi Reino y el de Aragón,
León, Granada y Galicia,
A Zaragoza y Valencia,
Y a Barcelona la rica.»

Y en el libro I de *El peregrino en su patria*, escribió: «El peregrino entró en la insigne Barcelona, donde en ver sus grandezas, hermosas calles y fuertes muros, se detuvo dos días»; añadiendo en la misma obra y libro:

«Sales del mar Español,
Que en la insigne Barcelona
El muro antiguo corona,
Como sale al alba el sol.»

En la jornada primera de *El Valeroso Catalán*, dice:

«Que riges no consideras
La famosa Barcelona?
Mira ese mar que corona
De naves y de galeras;
Repara en las fiestas bellas
Que para ti se previenen;
Mira esos muros, que tienen
Más luces que el cielo estrellas.»

También este insigne vate prodigó elogios a Barcelona y a Cataluña en *El Laurel de Apolo*, en el libro XVI de Je-

rusalén conquistada, en la jornada I de *El casamiento en la muerte* y en otras obras.

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, en el cap. XII de la segunda parte del *Donado Hablador*, no se recató de decir : «Llevábame el deseo de ver aquella insigne ciudad de Barcelona, cabeza del reino de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epíteto comúnmente se suele decir Barcelona la rica.»

Fray Francisco de Santa María, que también fué contemporáneo de Cervantes, en el tomo II de la *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, se lee : «Por haber sido Barcelona insigne en todos los siglos, ha solicitado el cuidado de los escritores a darle fundadores antiquísimos para hacerla nobilísima.»

Don Bernardo de Valbuena, en el libro XVI de *El Bernardo*, entre los versos que escribió elogiando a Barcelona, se leen los siguientes:

«Si a las torres y altivos chapiteles
Que allí hacen sombra y peso a Barcelona
Amílcar dió balcones y rejeles
De Hércules las fundó la real persona;
Y en Monjuí dió altares y laureles
Al padre de los hijos de Latona,
En el lugar que ahora aquella torre
Sus playas mira y su cristal recorre.»

Don Juan Cortés de Tolosa, en su *Lazarillo de Manzanares*, dice : «Yo, hijo Lázaro, nací en Barcelona, ciudad antigua y noble, así por sus muchos y soberbios edificios, cuanto por los hijos que, tanto en letras y armas, la han ilustrado. A ésta hermosea la bella playa, de quien, aunque tan muchacho, tantas veces habrás oído hablar, en donde de ordinario se ven castillos de diversos colores, cuya marina es apacible sitio para las pocas tardes de invierno, y agradable paseo para las del verano.»

Laudatorias en todos conceptos son las palabras que escribió don Pedro Abarca en la primera parte, epílogo de *Los Reyes de Aragón*, dedicadas a la capital de Cataluña : «La ciudad de Barcelona, antigua y noble entre las

primeras, fué la oficina y madre fecunda de victorias y triunfos, y como el caballo troyano de las armas y armadas de sus condes y reyes.»

También se leen alabanzas de dicadas a Barcelona en el tomo I de los *Anales de la Corona de Aragón*, de don Jerónimo de Zurita, y en la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, escrita por don Francisco de Melo; en *Barcelona antigua y moderna*, escrita por don Andrés Avelino Pi y Arimón, y en *Las calles de Barcelona*, por don Víctor Balaguer.

Don Antonio de Bofarull y Brocá, en su erudita y nunca bien alabada memoria histórica, filosófica y social, *Pasado, presente y porvenir de Barcelona*, dice: «Si los restos que conservamos, si los acontecimientos cuya memoria ha perpetuado la ciencia hasta nosotros no bastasen a convencer de que llegó a ser Barcelona, en época romana, una ciudad de gran renombre bajo todos los conceptos, la mención laudatoria que de ella hacen, en diversos siglos, poetas, geógrafos, viajeros e historiadores (mención que no pierde su carácter ni deja de ser repetida en las épocas sucesivas), arraigarán la seguridad en vuestros pechos, deseosos de no sentir en ellos la menor duda; morada de gente rica *Et Barcilonum amaena sedes ditium*, la llamó Avieno; deliciosa, *Barcinus amaena*, la apellidaba Paulino escribiendo a Ausonio; como *populosa* la presentaba su mismo obispo Paciano, y como augusta, que sobresalía por la nobleza de sus ciudadanos y por la ínclita fidelidad de su plebe, la celebraba Quírico, aquel arzobispo de Toledo que presidió el XI Concilio Toledano en 675, *Barcinus augusta semper stirpe aucta nobili — civium florens corona, plebs fidelis ínclita.*»

En la *Geografía General de Catalunya*, de don Francisco Carreras y Candi, en el tomo *Ciutat de Barcelona*, se leen las siguientes alabanzas a la gran ciudad condal: «Nostres cases, ab llurs jardins y los empedrats y cloaques dels carrers, meresqueren elogis del italià Andreu Navagero (1525); del portuguès Gaspar Barreiros (1546); de Midez, ardiaca de Morvedre (1454); del metge d'Amberes Lluís Núñez (1606); de Jaume Rebullosa (1617), y de molts altres escriptors.»

Pondremos fin a esta lista de elogios a la insigne Barcelona con las palabras que dice J. Puiggarí en la pág. 244 de sus *Estudios de indumentaria española concreta y comparada*, las cuales dicen, para ponderar la importancia y riqueza en el vestir de la gente principal de Barcelona, que «el mismo rey Luis XI de Francia gastaba botas a la moda catalana; todo lo cual prueba la importancia que en aquel tiempo gozó nuestra nación, a la vez temida, admirada y copiada por los extranjeros, hasta el raro y singular privilegio de dar leyes a la moda».

CAPÍTULO II

Archivo de la cortesía

DEL alto concepto que tuvo ocasión Cervantes de formar de las prendas que adornaban a los moradores de su querida Barcelona, dan clara idea las palabras de cortesanía que dice don Antonio Moreno al famoso héroe manchego con motivo de su llegada a la citada ciudad, allá en el cap. LXI de la segunda parte de su inmortal *Quijote*, palabras que revelan la atención, la urbanidad y comedimiento, tan peculiares del carácter catalán. «— ¡Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha : no el falso, no el ficticio, no el apócrifo* que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos escribió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.» Con palabras no menos corteses y comedidas que las copiadas, contestóle don Quijote : «— Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija o parienta muy cercana de las del gran Roque : llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.»

No menos corteses y comedidas son las palabras que dice el general de las galeras con motivo de la visita a las mismas de don Quijote y Sancho en el cap. LXIII, quien,

* Sátira alusiva al Quijote del falso Avellaneda.

después de abrazar al sublime loco, dice : « — Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha : tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor del andante caballero. »

También es demostración de cortesía y de comedimiento el hecho de dar el visorrey campo franco para el combate entre el caballero de la Blanca Luna y don Quijote, de quienes se apartó el visorrey, diciendo : « — Señores caballeros : Si aquí no hay otro remedio sino confesar o morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced, el de la Blanca Luna, en sus catorce, a la mano de Dios, y dense. Agradeció el de la Blanca Luna, con cortesés y discretas razones, al visorrey, la licencia que les daba. »

Rasgos de cortesía es la pintura que el mismo Cervantes hace en su novela *Las dos Doncellas* de los episodios que se desarrollan en la playa de Barcelona con motivo de la riña trabada con la gente de las galeras que mandaba don Pedro Vique con los moradores de la ciudad, riña de la que sale gravemente herido Marco Antonio, al cual salva la vida, amparándole, así como a don Rafael, Teodosia y Leocadia, el cortés caballero don Sancho de Cardona, que los libra a todos de la demasía del demandado vulgo, y los lleva a su casa, donde son solicitadamente atendidos y agasajados por él y su noble esposa hasta que sana Marco Antonio de su herida. Con estos acontecimientos pinta Cervantes, en don Sancho de Cardona, uno de los modelos más acabados de cortesía y de caballerosidad de la nobleza catalana.

Pero donde revela el Príncipe de los ingenios españoles conocer más el carácter catalán y su comedimiento es en las siguientes palabras que escribió en el cap. XII del libro III del *Persiles* : « Los cortesés catalanes, gente enojada, terrible, y pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo. »

A estos pasajes sacados de las mismas obras de Cervantes, aportados aquí para demostrar la cortesía catalana, añadiremos otro histórico; nos referimos a la violenta escena desarrollada entre el rey don Fernando I y don Juan Fivaller, con motivo de haberse negado el dispensero de Su Majestad a pagar el tributo llamado vectigal de carne, lo que dió lugar para que fuese el mismo Fivaller en persona a ver al rey a reclamarle el pago del mencionado tributo, que pagó el monarca, después de un violento altercado con el famoso conceller, convencido por las razones de justicia que éste adujo, y después de haberse aconsejado de don Gerardo de Cervelló, don Guillermo Ramón de Moncada, don Bernardo de Cabrera y de otros principales caballeros. Toda Barcelona opinaba que de este enojoso asunto saldría procesado y castigado el enérgico Fivaller, pero, según cuenta don Andrés Avelino Pi y Arimón, en *Barcelona antigua y moderna*, tomo I, pág. 146 : «El desenlace definitivo de este asunto fué muy diverso de lo que a primera vista pudiera imaginarse, pues habiendo partido para Castilla el rey don Fernando I, enfermó de la peste en Igualada, a cuya noticia Fivaller voló a aquella villa en representación de Barcelona, según era costumbre en semejantes casos, acompañado de médicos y cirujanos, llevando consigo grande y selecta copia de medicamentos para alivio del monarca. No era ya entonces el recto conceller que se presentaba al soberano en demanda del cumplimiento de los fueros barceloneses, sino el humilde criado que se acercaba al regio lecho para minorar con su solicitud las dolencias que aquejaban a la augusta persona. Cuan inflexible supo mostrarse en el primer caso, porque así lo exigían los derechos de sus conciudadanos, tan humilde y blando apareció en el segundo, en que, prescindiendo de las consideraciones políticas, debía dar oídos solamente a la santa voz de la humanidad que salía de lo más profundo de su pecho. La grandeza rebosaba en el de Fivaller; y fué tanta la diligencia con que procuró, aunque sin fruto, el restablecimiento de don Fernando, tantos los servicios de todo género que éste recibió del recto magistrado, que le nombró ejecutor testamentario, encargando encarecida-

mente a su primogénito don Alfonso que le tuviese siempre en mucha estima. El infeliz monarca exhaló su postrimer suspiro en brazos de aquel denodado conceller, de quien tal vez pocos días antes no esperaba sino agravios y humillación.»

Por este rasgo de Fivaller, y por los pasajes copiados de las tres obras de Cervantes, se puede sacar la consecuencia de que los catalanes, a pesar de que no faltan autores que digan que son ásperos, rudos y desabridos, son modelo de la misma cortesía.

CAPÍTULO III

Albergue de los extranjeros



EN efecto, lo era en tiempos de Cervantes porque en ella acudían gentes de todos los pueblos, como eran alemanes, que al frente de Juan Gherlinc, impresor, que el 7 de octubre de 1468 acabó de imprimir la *Gramática* de Bartolomé Mates, al cual siguieron Nicolás Spindaler, Juan Rosembach y otros. También acudían franceses e italianos y de otras naciones para ejercer el comercio y la industria, no faltando los hijos de las regiones españolas, como de Mallorca, Valencia, Aragón, Castilla, Andalucía, Navarra y Galicia que afluían a ella, unos en busca de la tierra de promisión, otros en espera de bajel que les había de conducir a lejanos países, donde iban en busca de soñadas aventuras. Tal era el conglomerado de gentes que albergaba en aquellos tiempos Barcelona, por ser la capital más importante de España, tanto en la navegación como por su gran comercio. No nos queremos remontar a épocas anteriores a Cervantes para demostrar que la capital de Cataluña solía albergar a muy diferentes gentes; bástanos decir que de su puerto salió don Juan de Austria para ir a cubrirse de gloria en Lepanto, cuya partida describe don Cayetano Rosell en su *Historia de la Batalla naval de Lepanto*, en esta forma : «El innumerable gentío que llenaba el muelle, y en medio de él el Nuncio de Su Santidad, dando con alegre semblante su bendición a cada una de las embarcaciones conforme iban abandonando el puerto. Sobre-salía entre todas, por su magnitud y la riqueza de su or-

nato, la galera Real, tres años antes concluída en Barcelona, con su popa cubierta de entallamentos delicados, y de figuras e ingeniosas alegorías; y toda ella ligera, que competía con la más sutil y más fuerte, capaz de resistir basiliscos y tempestades.»

«Empeño interminable sería el mencionar cuantos príncipes, caballeros y personas distinguidas salían del muelle para dirigirse cada cual a la embarcación que de antemano le estaba designada, todos bizarros y airosos, ostentando galas y joyas, insignias y armas resplandecientes. Allí los dos Cardonas, D. Juan y D. Enrique, con D. Juan Osorio, el Maestre de campo D. Diego Enríquez y algunos caballeros sicilianos, que habían de acompañarlos. Con D. Juan Andrea Doria se veían Octavio Gonzaga, príncipe de Molfeta, capitán de envidiable reputación, Vicencio Vitelo, yerno de Chapin Vitelo, y D. Juan Vicencio Carrafa, prior de Ungría. Héctor Espínola, caballero de Santiago, llevaba en su capitana de Génova al ya entonces nombrado Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, y a Julio Rangón, con más de ciento cincuenta soldados armados por el príncipe, y hasta cuarenta caballeros, gentiles hombres y señores titulados. El conde de Santa Flor, que acaudillaba los italianos, iba en la Patrona de Génova; Gabrio de Cervellón*, general de artillería, sobrino del conde de Mariñán, en la *Doncella* de Doria; Ascanio de la Corna, maestre de campo general de la Liga, en la de Vendinelo Sauli, y en la capitana de Lomelin Paulo Jordan Ursino, cuñado del duque de Florencia, con Troilo Sabelo y otros muchos caballeros y capitanes. A D. Francisco de Ibarra acompañaban su hijo D. Diego, ambos del hábito de Santiago, D. César Gatinara, D. Juan de Zuazo, el comendador Diego Maldonado y el capitán Diego Ortiz de Uriza. Seguían al ilustre D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, D. Pedro de Padilla, comendador de Santiago, D. Pedro Velázquez, del mismo hábito y escribano mayor de raciones del reino de Nápoles,

* Cervantes, en el cap. xxxix de la primera parte del *Quijote*, dice: «Cautivaron asimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado.»

D. Manuel de Benavides, primogénito del señor de Javalquinto, D. Gutierre Laso, D. Agustín Mejía, hermano del marqués de la Guardia, D. Felipe de Leiva, hijo de la princesa de Ásculi, Pompeyo de Lanoy, hermano del príncipe de Sulmona, D. Juan de Guzmán, hermano del conde duque de Olivares, y D. Francisco Tello, alférez mayor de Sevilla. En compañía de D. Alonso de Bazán, hermano del marqués, navegaban Monserrate Guardiola, que tenía el mando de su capitana, y D. Francisco Mejía, hermano de D. Agustín y del hábito de Santiago; en la Patrona de Nápoles, su capitán D. Francisco de Benavides; en otra D. Bernardino de Velasco, caballero del hábito de Santiago, con D. Martín Padilla, D. Diego López de Mendoza, del hábito de San Juan, hermano del duque del Infantado, y en la *Famosa* de Nápoles un hijo del virrey de Mallorca. En la capitana de España acompañaban a D. Alejandro de Torrellas* muchos caballeros catalanes con D. Guillén de San Clemente, sobrino del comendador mayor, D. Galcerán de Cardona, D. Juan Mejía, D. Enrique Enríquez, D. Juan de Velasco, hermano del conde de Nieva, y D. Fernando de Sayavedra, hijo y hermano del conde de Castellar. El conde de Soriano y algunos otros caballeros ocupaban la *Ocasión*, y la Patrona de España su capitán Luis de Acosta con D. Gonzalo de Sayavedra, y los caballeros de la Boca. Finalmente, en la Real, a más de los gentiles hombres de la cámara y de cien soldados de la guardia españoles y tudescos, seguía al Generalísimo numerosa y lucida comitiva, el comendador de Castilla D. Luis de Zúñiga y Requesens, su lugarteniente general, D. Fernando Carrillo, conde de Priego, D. Luis de Córdoba, comendador de Santiago, D. Bernardino de Cárdenas, marqués de Beteta, D. Luis Carrillo, Juan Vázquez de Coronado, capitán de la Real, Pedro Francisco Doria, D. Lope de Figueroa, D. Miguel de Moncada, el castellano de Palermo, Salazar, D. Pedro Zapata, D. Rodrigo de Benavides, del hábito de Santiago, hermano del conde de San Esteban y el secretario Juan de Soto.»

* En el cap. LX de la segunda parte del *Quijote* menciona Cervantes a un don Vicente Torrellas, del bando de los cadells, que debe de ser pariente de don Alejandro Torrellas.

«Las galeras pontificias llevaban, asimismo, con su general Marco Antonio Colonna, caballero del Toisón, gran condestable de Nápoles, a Pompeyo Colonna, a Ramagaz, veterano conocido en las armadas y combates navales, a Miguel Boneli, sobrino del Pontífice, y otros nobles caballeros de Italia. En las de Malta, acaudillando a muchos de la Religión, iba su general Pedro Justiniano; en las de Saboya Monsieur de Leni, a quien acompañaba Francisco María Montefieltro, príncipe de Urbino, con más de cien caballeros y soldados aguerridos. Las embarcaciones de la República iban llenas de nobles, caballeros y dignidades de San Marcos, juntamente con su general Veniero, los proveedores Barbarigo y Antonio Canale, y Francisco Doudo, capitán de las galeazas.»

Por esta relación de don Cayetano Rosell se pone de manifiesto con cuanta razón dijo Cervantes de Barcelona, *albergue de los extranjeros*, puesto que casi todos los caballeros que embarcaron en su puerto, el 16 de septiembre de 1571, para ir a Lepanto con D. Juan de Austria, lo eran, así como otras expediciones que habían salido antes para los Países Bajos, Italia y Túnez. Las reconcentraciones de tropas en su plaza, sus aprovisionamientos de boca y guerra, eran también motivo para que acudieran a ella diversas gentes de todas las clases sociales que Cervantes pudo ver y aun tratar cuando pasó a Italia en 1569, y que le dieron motivo para hablar de la importancia que tenía por aquel entonces Barcelona como *albergue de extranjeros*, como se puede deducir del encuentro de Ana Félix con su padre Ricote, al que había hallado Sancho al salir del gobierno de la ínsula Barataria, y que se vuelven a encontrar en la playa de Barcelona, allá en el cap. LXIII. Este raro encuentro de Ricote, su hija y Sancho, con la añadidura de decir Cervantes que «Don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y su padre a su domicilio, encargándole el visorrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo», son, a nuestro entender, apuntes sacados del natural, que nos demuestran los sentimientos hospitalarios del pueblo barcelonés.

CAPÍTULO IV

Hospital de los pobres



A suma caridad de los habitantes de Barcelona dió ocasión para que mucha gente menesterosa de los pueblos circunvecinos y apartados acudiesen a esta capital a implorar la caridad ya allá por los siglos XIV, XV, XVI y XVII. Tal era el contingente de pordioseros que albergaba Barcelona, que el 13 de marzo de 1391 acordó el Consejo de Cien Jurados que los pordioseros no penetrasen en las capillas durante la celebración de misas, ni que se juntasen con las mujeres. Los concellerses y prohombres de 1494 acordaron que se pregonase, el 12 de julio, «que en lo sucesivo, ningún pobre mendicante, así varón como hembra, se atreva a entrar en las iglesias de dicha ciudad (Barcelona) para pordiosear en manera alguna, durante la celebración de los divinos oficios y mientras se diga el sermón; y que nadie ose hacerles limosna, al objeto de que no turben a los celebrantes de dichos oficios ni a los fieles oyentes... Que tampoco les fuese lícito ni permitido jugar a los dados ni a ningún otro juego, ni poder mendigar por la ciudad».

En el siglo XVI tomó tal incremento la mendicidad en Barcelona, acompañada casi siempre por hurtos y robos, de los cuales quizá no eran ajenos los gitanos, titiriteros, rufianes, tahures y otras gentes maleantes, que los concellerses de 1508 mandaron salir de la capital a todos los pordioseros, así hombres como mujeres. En 1530 acordaron abrir un registro en donde se anotasen los nombres y circunstancias de las personas que pedían limosna, para

cuyo efecto, el 10 de enero se hizo el siguiente pregón: «A todos y a cada uno de los romeros y romeras,* pordio-
seros y pordioseras, así hombres como mujeres, jóvenes e
infantes, de cualquier nación que fuesen, que concurriesen
al siguiente día, martes, por la mañana, a la tienda grande
sita en el Monasterio de frailes menores, franciscanos, y la
muralla del mar de dicha ciudad, que tiene entrada en el
llano o plaza de dicho Monasterio, donde serán inscritos y
reconocidos y les será dada limosna... en la inteligencia,
que los no comparecientes, o los que a la cita concurrie-
sen pero dejasen de aguardar les fuesen transmitidas las
citadas órdenes, o dejasen de obedecerlas con toda eficacia,
en lo sucesivo, transcurrido el siguiente día, no serán admi-
tidos a pordiosear o mendigar en dicha ciudad, antes bien,
serán expelidos de aquélla a escobazos y azotados públicamente
por dicha ciudad, y guárdese de ello quien guardar-
se debe.»

El 23 de enero de 1557 el Conceller Dusay propuso
al *Trentenari* «que para extirpar tanta multitud de bri-
bones y gente vagabunda que pupulan mendigando por la
ciudad, de donde se originan cada día muchos latrocinios,
convendría que sin revocación se ordenase que de allí ade-
lante no fuese lícito ni permitido a persona alguna poder
mendigar en la ciudad y suburbios sin expresa licencia de
dichos Concelleres o de las personas que ellos eligiesen.»
En 1589, cuando una terrible peste azotaba la ciudad, los
concelleres se vieron obligados ordenar : «que todos los bri-
bones, gente perdida, vagabundos y otros que van mendi-
gando hallándose sanos, abandonasen la ciudad, términos
y territorio de la misma, dentro del plazo de veinticuatro
horas, bajo penas de cien azotes; y que todas las mujeres
bribonas que estando sanas van pordioseando por las puer-

* No eran pocos en este siglo los que bajo el hábito de romeros y peregrinos vivían al amparo de la caridad, por cuanto en el lib. III, capítulo IV del *Persiles*, refiriéndose a ellos se lee : «Paréceme, señora peregrina, que os da en rostro la peregrinación. Eso no, respondió ella, que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido, y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos que saltean la limosna de los pobres. Y no digo más aunque pudiera.»

tas, y todos los pobres contrahechos, viejos y débiles que van mendigando por la ciudad, dentro de dicho plazo se recogiesen en el hospital de la Misericordia, incurriendo en pena, caso de ser hallados haciendo lo contrario, de cien azotes irremisiblemente.»

Al finalizar el mes de octubre de 1583, la Casa de los Angeles, que en 1513 era convento de monjas de San Daniel, situada en las afueras de la Puerta Nueva, fué convertida en asilo para albergar pobres, el cual llevaba el nombre de Hospital de la Misericordia dels Mendicants, que subsistió hasta que por los años de 1585 a 1586 fué trasladado al edificio de la calle de Elisabets, llamada aún hoy Casa de Misericordia.

Que los virtuosos concellerses que estaban al frente de la administración de la ciudad se desvelaban para socorrer al desvalido, lo demuestra la carta que mandaron a los preladados de Tarragona, Lérida, Gerona, Vich, Seo de Urgel y el de Elna, en el Rosellón, en demanda de auxilios para el sostenimiento del Hospital de la Misericordia, carta escrita en catalán, y que, traducida al castellano, dice:

«Al muy Ilustre y Rmo. Sor. el Obispo de...

Muy Ilustre Señor:

Deseando esta ciudad subvenir y remediar la necesidad y miseria de tanta pobre gente que de diversas partes, ordinariamente, a causa de la esterilidad del tiempo, acuden a la presente ciudad, en la cual iban mendigando, padeciendo mucha miseria, y obviar los desórdenes de muchos, quienes, con motivo de pobres mendicantes, vivían vida muy disoluta en muy grande ofensa de Dios y de sus propias conciencias, deliberó días ha con consentimiento y aprobación del Rmo. Sr. Obispo de esta ciudad, hacer e instituir un hospital intitulado de la Sta. Misericordia, en el que fuesen acogidos dichos pobres que allí quieran ir de cualquier obispado, villa o lugar que sean, y allí son alimentados y provistos de lo necesario en lo espiritual y temporal en muy grande servicio de Dios, en cuyo hospital a causa de la esterilidad corriente son tantos los pobres que allí han acudido, que si los que hacerlo pueden

no acuden a favorecer tan santa obra con sus limosnas, no es posible sostener un gasto tan grande como se hace en dicha casa, por lo que entendiendo dicho Rmo. Sr. Obispo de esta ciudad el grande beneficio que reciben en aquella tanta gente miserable y la necesidad que hay de ser subvenida, ha deliberado con sus cartas *patentes* notificar dichas cosas por todas las parroquias de su obispado y encargar mucho quieran favorecer con sus limosnas a los colectores de dicho hospital que van con la presente y dar licencia para publicar y predicar las necesidades y miserias de dicha casa. Como cumplidamente podrá ver V. S. en dichas cartas, copia de las cuales, impresas, van con la presente; y por lo que estamos ciertos desea V. S. que dichos pobres estén provistos y alimentados en dicha casa, en la cual la mayor parte son de otros obispados aparte del de esta ciudad, por esto cuan afectadamente podemos Suplicamos a V. S. se sirva querer favorecer dichos pobres, ordenando darles licencia igual a la arriba indicada, o más amplia o más favorable, si así se sirve hacerlo V. S., que, además del servicio tan grande, estamos ciertos se hará a Dios por ser en favor de sus pobres a los cuales todos estamos tan obligados, también nosotros, por el cargo que ejercemos, lo recibiremos a singular gracia y merced cual la esperan de V. S. La muy Ilustre y Reverendísima persona del cual nuestro Señor por muchos años en salud conserve y en mayores dignidades prospere.

De Barcelona a 17 de Agosto de 1584.

De V. Iltre. y Rma. Sa. muy ciertos y afectados servidores que sus manos besan,

Los Concelleres de Barcelona.»

Entre las muchas instituciones benéficas establecidas en Barcelona, cita el señor González y Sagrañes, en su obra *Mendicidad y Beneficencia de Barcelona*, un asilo, situado en la Bajada de la Canonja, que albergaba enfermos y peregrinos, cuya fundación, dice don Antonio de Bofarull en su *Guía-Cicerone*, es de 1009. En el siglo XII don Bernardo de Marcús fundó el hospital que llevó su nombre en el sitio donde hoy se alza la capilla de dicho santo. El

12 de mayo de 1308 se firmó la escritura de la fundación del Hospital de Santa Marta, para peregrinos pobres, que se edificó en el Pla de Lluy, junto al convento de Santa Clara. Se ignora la época de la fundación del *Hospital dels Masells* donde se albergaban los leprosos, pero se sabe que desde 1401 se incorporó al Hospital de la Santa Cruz. El Hospital de San Salvador estaba situado en las afueras de la Puerta Nueva; se ignora la fecha de su fundación y a los fines que estaba dedicado; sólo sabemos que existía ya en 1448.

El *Hospitale Sacerdotum Sancti Severi* fué fundado en 1412 por el reverendo don Jaime Aldomar, beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, cuyo edificio se levantó en 1462 en la calle de la Paja.

El 17 de abril de 1401 todos los hospitales de pobres de Barcelona, excepción del de Santa Marta o el de la *Almoyna*, que fundó don Pedro Desvilar en 1308, se refundieron en uno sólo, llamado de Santa Cruz, que se levantó en los solares ocupados por el antiguo denominado *den Colom*, que son los que ocupa hoy el mencionado hospital. Del Hospital de San Macián se sabe que en 1477 estaba unido al de Santa Cruz, y que fué entregado a las monjas reclusas de Santa Margarita, que por reciente provisión del Papa se constituyeron bajo la regla de los Jerónimos. Estas religiosas de su monasterio de Santa Margarita se pasaron al Hospital de San Macián donde residieron, observa Diago, hasta el año de 1634, pero Felú de la Peña dice que las religiosas Jerónimas, en 1587, ya habitaban el convento que edificaron cerca de la Puerta de San Antonio, por cuyo motivo cedieron el dicho Hospital de San Macián al de Santa Cruz.

De todo lo expuesto se viene en conclusión que en los tiempos de Cervantes sólo había en Barcelona el Hospital de la Santa Cruz; por tanto, el nombre que le dió de *hospital de los pobres*, no fué en el significado de establecimiento donde se curan los enfermos, sino en el sentido de Barcelona hospitalaria y caritativa.

CAPÍTULO V

Patria de los valientes



ON justo título llamó Cervantes *patria de los valientes* a la tierra que vió nacer a los héroes que arrojaron de su suelo a los bárbaros para siempre; a aquellos valerosos guerreros que fueron a la conquista de Mallorca y Almería y supieron sujetar, según Diago en su *Historia de los Condes de Barcelona*, a todos los reyes moros, haciéndoles sus tributarios; los que dieron tantas pruebas de valor, dice Bleda en la *Historia de los moros*, a los reyes de Castilla en las felices conquistas de Toledo, Cuenca, Córdoba, Úbeda, Sevilla, Almería, Granada y Murcia; a aquellos que se adelantaron en Europa a las invasiones de Calabria y conquista del reino de Nápoles, y en la África, en la sujeción de los Gerbes, Jio Curf, Cefalonia, Miscona, Túnez y las costas de Berbería; los que tantas pruebas dieron de su temple y valor guerrero, dice D. Francisco de Moncada en su *Expediciones de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos* en las campañas del Asia menor, Armenia, Tracia, Tesalia, Tebas, Atenas, Chipre y en principado de la Morea, venciendo a los moros, griegos, armenios y genoveses. Los que solicitaron los peligros en la expedición a Tierra Santa con Godofredo de Bullón, del que dice Cervantes, en el capítulo XLVIII de la primera parte del *Quijote*, que ganó la *Casa Santa*; los que consiguieron; ayudando a los castellanos y navarros, las victorias del Salado y las Navas de Tolosa. Catalanes fueron los que, guiados por el rey don Juan I, derrotaron al francés en Durbán en 1385, y los que

pusieron en vergonzosa fuga al general Armenach, con todo su ejército, cuando en 1389 intentó invadir el Ampurdán, como también lo fueron los que desbarataron en 1395 al poderoso que mandaba el conde de Foix cuando vino a Cataluña con motivo de ocupar el trono de Aragón por la muerte del rey D. Juan I. Hijos de Cataluña, también, fueron los que sostuvieron empeñada y sangrienta guerra más de treinta años con Francia por los condados de Rosellón y Cerdeña, que el rey don Juan II cedió a Ludovico XI, rey de los franceses, a los que derrotó en 1412, y vencieron en los años de 1438 y 1439 en Salsas y en Perpiñán. De la misma patria eran los que repelieron los asaltos que los franceses intentaron en los años de 1496 y 1503 a la misma Salsas, de cuyos asaltos salieron rotos y perseguidos hasta Narbona, y los que se cubrieron de gloria en las famosas campañas de 1542 a 1543 y en la de 1570 contra los mismos franceses.

Corolario de esta brevísima reseña de las hazañas que acreditaron a los catalanes como valientes y esforzados son las palabras que pronunció en Perpiñán el rey Martín de Aragón: «Vencido habéis a la fama con hechos virtuosos, pues hallamos que los catalanes entre otras cosas muy singulares, han tenido gran fama por todo el mundo; en primer lugar porque con lealtad han servido a su Señor; en segundo lugar, porque con gran ardimiento han obrado cosas por su propio valor; últimamente, porque con gran liberalidad han mostrado su honor.» Acerca del primer punto, muy patente y notoria es a todo el mundo la gran voluntad y servicios con que los catalanes han asistido a su Señor paternal, y todo por el gran amor y lealtad que en ellos siempre han residido... Así, pues, volviendo a nuestro propósito, veamos qué hechos obraron los nuestros. ¿No fué grande el servicio que hizo Roger de Lauria al rey don Pedro cuando derrotó la armada del rey de Francia en el puerto de Rosas? ¿No fué grande el servicio que hicieron los catalanes al dicho rey en el collado de Panizars? Pues en aquella jornada no había más que catalanes. ¿No fué grande el servicio que Roger de Lauria hizo al rey Jaime, nuestro bisabuelo, cuando desbarató el poder del

rey Roberto de Nápoles en Sicilia, haciendo prisionero al príncipe, su hijo, con otros muchos personajes?... ¿No fué grande el servicio que hizo Bernardo de Cabrera al señor Rey nuestro padre, cuando desbarató la armada de los genoveses en el puerto del Conde? ¿Cuando tomó Alger, y después, al cabo de quince días, peleó con el Juez de Arborea, vencéndole en batalla campal?

Suponemos que Cervantes tuvo ocasión de leer los *Anales de la Corona de Aragón*, de D. Jerónimo Zurita, en donde pudo muy bien henchir las medidas en cosas tocantes a hechos y episodios heroicos llevados a cabo por los valientes y esforzados catalanes, ya en su propia patria, ya en Mallorca, Valencia, Aragón, Castilla, Navarra y Almería, así como en Oriente, Grecia, Francia, Flandes, Italia y en otros países. Pero, aun suponiendo que no hubiese leído a tan benemérito autor, ¿no sabía, por experiencia propia, el valor y quilates que tenía la valentía de los hijos de Cataluña, puesto que con ellos había formado en el tercio de don Miguel de Moncada, y que también con ellos militó bajo las banderas de Marco Antonio Colonna, cuando fué a libertar a Chipre y a socorrer a Nicosia? ¿No tuvo ocasión allí, y aun ocasiones y motivos para poder admirar la bravura y valentía catalana? ¿No compartió con los mismos las glorias del memorable Lepanto, de Italia y las de la Goleta? ¿No estuvo cinco años y medio cautivo en Argel, teniendo por compañeros a catalanes, mallorquines y valencianos, que eran los que llenaban los asquerosos baños de aquella ciudad africana? No, el Manco sano, el regocijo de las musas, el famoso todo, no tenía necesidad de leer a Zurita ni a otros autores para poder llamar a Barcelona, y por extensión a Cataluña, *patria de los valientes*, pues le bastaban las hazañas que él vió por sus propios ojos que los catalanes llevaron a cabo durante su larga odisea de soldado. Así que, con mucha razón, pudo darla el honroso título de valiente a la tierra que vió nacer a un Roger de Lauria para que se cubriese de gloria en Rosas y en Sicilia; un Bernardo de Vilamarí que con su arrojo y pericia, con galeras catalanas, mantuvo y puso en jaque al turco que dominaba ya todo el mar Mediterráneo. La

privilegiada tierra que fué cuna de un Luis de Requesens que tantas pruebas de valor y valentía demostró en las guerras de Flandes, de cuyos estados fué virrey, cargo que abandonó para cubrirse de gloria en las costas africanas, campañas que le valieron toda la confianza de don Juan de Austria, para que, en el memorable y glorioso combate naval de Lepanto, fuese su lugarteniente y uno de sus mejores consejeros. En el suelo catalán vieron la luz el famoso almirante don Juan de Cardona, que fué en socorro de Malta, que tenía sitiada el temeroso corsario Dragut, y el que, después, tan brillante papel desempeñó en Lepanto rigiendo la Capitana de Sicilia, de la que era general. Catalanes, también, eran su hermano don Enrique y don Miguuel de Moncada, en cuyo tercio estuvo alistado Cervantes, y de San Felú de Guíxols, los bravos marinos Pedro Roig y su compañero Camisó, al que se le otorgó, en trofeo, el solio y el dosel de Alí, en premio de haber presentado a don Juan de Austria la cabeza de aquel general turco, y por haber contribuído, junto con don Juan de Cardona y de su paisano Pedro Roig, a la presa de la Capitana de Alí y a varias de sus galeras. También era catalán don Pedro Zagarriga y otros heroicos marinos que tomaron parte en tan gloriosa jornada, en la cual, según don Víctor Balaguer, sólo de San Felú de Guíxols, patria de tantos bravos marinos, pelearon ochenta oficiales mayores.

De las hazañas llevadas a cabo por los catalanes en Lepanto, fueron testimonio varios estandartes y gallardetes que trajeron consigo al regresar a Barcelona, y aun hay la tradición de que el Santo Cristo llamado de Lepanto, que hoy se venera en su Catedral, procede de una de las galeras que tomaron parte en tan memorable jornada.

Del *Nobiliario Mallorquín*, escrito por don Joaquín María Bover, tomamos la siguiente enumeración de los mallorquines que concurrieron a tan famosa batalla.

Fray Jaime Borrás, franciscano, que murió de obispo electo en 1572.

Fray Serviá, también franciscano, confesor de don Juan de Austria, que escribió la relación o diario de las operaciones de la armada de la Santa Liga, impreso en la

citada *Colección de documentos inéditos*, donde se dan algunas noticias sobre su vida.

Los capitanes Andrés Arroin, Melchor Bisquerra de Gaballi y Jaime Ortiz y Caro, muertos en la batalla.

Juan Bautista Despuig, que militó en la guerra de Granada y en las de Flandes, con el duque de Alba, y fué gobernador de Piombo y superintendente de fortificaciones. Murió en 1627, de edad de noventa y dos años.

Benito y Ramón Morey, que, habiendo hecho también la guerra de Granada, cayeron prisioneros en Túnez. El primero acabó sus días en Constantinopla; el segundo fué rescatado por 400 doblas.

Gabriel de Serralta, caballero profeso del hábito de San Juan, se halló antes en el sitio de Malta, y fué comendador de Torres de Segre en el Priorato de Cataluña y bailío de Mallorca.

Mateo Vich, natural de Bañalbufar, en cuya casa parece se guardan el escudo y armas que usó en el combate de Lepanto.

No conocemos ninguna relación de los nombres de los catalanes y valencianos en que figuren los nombres de los hijos de estos dos países que concurrieron a tan feliz jornada, ni los que en ella murieron o quedaron cautivos de los turcos.

CAPÍTULO VI

Venganza de los ofendidos



ENTRE los varios motivos que tuvo Cervantes para aplicar a Barcelona el título de *venganza de los ofendidos*, fué quizá el hecho histórico sucedido a principios de 1588. En este año hubo de trasladarse a Madrid para evacuar cierta misión Galcerán de Navel, entonces conceller *en cap* de Barcelona, quien, en todas las poblaciones del tránsito, entró vestido con su gramalla y con los maceros con sus mazas levantadas, como era uso y costumbre de recibir al primer representante de la ciudad condal. Pero, al llegar a Tortosa, el Consejo de la ciudad tuvo a bien de prohibirle entrar en ella si no se despojaba de sus insignias consulares, a lo que se negó Galcerán de Navel, mandando un correo a la capital de Cataluña relatando este atropello de los tortosinos. Llegó el despacho a Barcelona el 5 de julio, y fué tanta la indignación que este hecho causó, que se convocó el Consejo de Ciento y acordó alzar la bandera de Santa Eulalia y mandar contra Tortosa cuatro mil hombres a fin de acompañar al conceller *en cap* y hacerle tributar, por parte de los tortosinos, los honores que los antiguos privilegios concedían al primer representante del pueblo catalán. El 9 de julio ya estaban organizadas las fuerzas, compuestas de los gremios de los carniceros, carpinteros, blanqueros, hortelanos, trajineros de mar, albañiles, bastaixos, dagueros, pescadores, vidrieros, plateros y otros muchos que sería prolijo enumerar. El entusiasmo con que se organizaron estas fuerzas, y la rapidez que se

presentaron sobre Tortosa, dió por resultado que los tortosinos volvieron sobre su pretensión y dejaron pasar, rindiéndole todos los honores que por su elevado cargo le correspondían, a Galcerán de Navel y a su séquito.

Que Cervantes sabía cuán prontos eran los catalanes en tomar satisfacción del agravio recibido, lo demuestra en algunos pasajes de sus obras. En el libro II de *La Galatea* dice, por boca de Silerio, que «Timbrio, caminando por el reino de Cataluña, a la salida de Perpiñán dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenían por señor y cabeza a un valeroso caballero catalán, que, por ciertas enemistades, andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse a ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas.»

Venganza del agravio recibido son los motivos que tuvo Claudia Jerónima para matar a su prometido don Vicente Torrellas, y que ella misma explica a Roque Guinart en el cap. LX de la segunda parte del *Quijote*, en esta forma : «Ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que D. Vicente Torrellas se llama, o a lo menos se llamaba no ha dos horas. Este, pues (por abreviar el cuento de mi desventura te diré en breves palabras la que me ha causado), vióme, requebróme : escuchéle, enamoréme a hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba a desposarse : nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y, por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vees, y, apresurando el paso de este caballo, alcancé a D. Vicente obra de una legua de aquí, y, sin ponerme a dar quejas ni a oír disculpas, le disparé esta escópeta y, por añadidura, estas dos pistolas; y, a lo que creo, le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en su sangre, saliese mi honra.»

Otro de los pasajes en que demuestra que los catalanes sabían vengar las ofensas y agravios que se les hacían, y que pinta su carácter, son aquellas palabras que se han copiado ya del *Persiles* y que se vuelven a repetir aquí: «Los cortesés catalanes, gente, enojada, terrible, y pacífica, suave; gente que, con facilidad, da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo.» (*Persiles*, libro III, cap. XII.)

CAPÍTULO VII

*Correspondencia grata de firmes amistades,
y en sitio y belleza, única*



EL haber llamado Cervantes a Barcelona *correspondencia grata de firmes amistades* es un hecho muy significativo en quien pasó parte de su azarosa vida en tierras extrañas, unas veces recorriendo la mayor parte de Italia, otras, en su largo cautiverio de Argel, y no pocas en sus desgraciadas correrías por Castilla y Andalucía, tanto, que se puede deducir por él que no encontró en aquellas regiones el afecto puro y desinteresado que nace y se fortalece con el trato de gentes, como el que halló entre los habitantes de la capital de Cataluña, donde tuvo ocasión de trabar amistades con algunos de ellos. Correspondencia de estas amistades son, a nuestro entender, todos los elogios que hace en varias de sus obras de la ciudad y de sus moradores, así como todos los episodios que cuenta en *Las dos Doncellas*, sucedidos en la playa y calles de Barcelona, como el hecho de llevar a los héroes inmortales de su maravilloso *Don Quijote*, donde puede decirse acaban sus famosas aventuras, cuyo fin y remate quiso coronar, allá en el capítulo LXXII de la segunda parte, con las significativas palabras que forman el hermoso elogio que de ella hace y que han dado motivo para escribir esta breve reseña.

* * *

En sitio y belleza, única. Estas hermosas palabras que aplica Cervantes a Barcelona son una confirmación de lo que han dicho muchos de nuestros clásicos, entre los cuales figura Pedro de Medina, que dice en sus *Grandezas y cosas notables de España*, que «es uno de los más hermosos pueblos de España, rico, apacible y muy bastecido... Esta ciudad de Barcelona de más de ser muy noble y rica, tiene los mejores edificios de casas de toda Europa; porque las más dellas son muy semejantes a castillos o fortalezas... En aquesta ciudad de las más bien trazadas, y mejor labradas del mundo.» El P. Juan de Mariana, en su *Historia de España*, refiriéndose al sitio que el rey don Juan II de Aragón puso a Barcelona, dice que «corría peligro de ser destruída, quemada y saqueada aquella hermosa ciudad, cabeza de aquella nación, que no daba ventaja a ninguna de las de España en nobleza, hermosura y arreo». De la misma opinión era don Juan Rufo, quien en el canto XIX de *La Austriada*, canta las bellezas y excelencias de la capital de Cataluña, y fray Francisco Diago, en la *Historia de los victoriosos Condes de Barcelona*, dice : «Y que por eso entre todas las ciudades de España, que son muchas y muy grandes, se llama la rica de muchos años atrás, rica en el valor de su fundador : en la antigüedad de su fundación : en la amenidad y hermosura de su sitio: en la grandeza y suntuosidad de sus edificios.» Y añade un poco más adelante que «sus casas son castillos, que todas ellas merecen este nombre, siendo todas como son grandes y altas y de piedra cortada de Monjuique muy bien labrada... Para la vistosa hermosura de este pueblo es de gran importancia el bello suelo de sus calles, estando como están casi todas ellas empedradas de buenas y grandes losas y piedras.»

Y por último, para terminar, puesto que el tiempo es breve y no da lugar ni permite extendernos más en este inciso, cederemos la palabra a don Andrés Avelino Pi y Arimón, el cual, en la Introducción de *Barcelona antigua y moderna*, lee : «Al observar su situación favorecida por la naturaleza, su cielo hermoso y despejado, la florida campiña que la rodea, el ancho piélago que mansa-

mente se acerca a lamer sus plantas, espláyase el ánimo en mil delicados conceptos, no tan propios en verdad del severo juicio del historiador, como de la vivaz y risueña fantasía del poeta. Empero quien la contemple al albor de una mañana, besada por la suave brisa marítima, doradas sus playas y edificios por los rayos del sol naciente; sea que se proponga describirla con rasgos generales y de animada pintura, o delinearla en sus pormenores más diminutos y característicos, no dejará de sentir la terneza de la imaginación del vate catalán que cantó en su patrio idioma:

«Sembla una reyna hermosa
Que al exir de son bany, mitg despullada,
En contemplar se gosa
Sa corona, orgullosa,
En lo mirall de l'aygua platejada.»*

Y hablando del antiguo barrio de la Ribera, dice en la pág. 346 del mismo tomo I y obra : «Formaba un día parte del casco de Barcelona hacia el E. un espacioso barrio llamado *la Ribera*, quizá el más bello, poblado y concurrido de la ciudad. Contábanse en él más de dos mil y quinientas casas, casi todas habitadas, como hoy las de la Barceloneta, por marineros, pescadores, carpinteros de ribera, calafates, fabricantes de jarcias, remolares, motoneros, y otros oficios referentes al aparejo de las embarcaciones. Había, asimismo, un Monasterio de Monjas de *Santa Clara*, tan magnífico, merced a la munificencia real, que, según Diago, que lo vió, sus claustros eran los más grandes y mejores, la nave de su iglesia alta y anchurosa, y en sus elevados miradores gozábase de una extensa y bellísima vista sobre el mar y la campiña. Cerca de este Monasterio la caridad de un mero particular había erigido a sus expensas un asilo para el menesteroso, el *Hospital de Santa Marta*, con una buena iglesia para el servicio espiritual del establecimiento. Hallábase en una calle fron-

* *Lo Gayter del Llobregat*, poesías de D. Joaquín Rubió y Ors.

teriza a éste la capilla del *Espíritu Santo*, perteneciente a otro *Hospital* de pobres ciegos y mutilados. Descollaba más acá sobre las casas adyacentes el grandioso convento de *San Agustín*, de religiosos calzados, con su esbelta cúpula, parte de cuyos claustros», dice que fueron colocados en la Academia del Cuerpo de Ingenieros que estaba adherido al cuartel de la Explanada.

Y añade : «Extendíase en el centro de este barrio el tan encarecido *Pla de Lluy*, o gran plaza de Lluy, de vastas dimensiones, y en distintos puntos otras tres plazas secundarias y una buena parte de la del *Borne*. Son dignas de conmemoración particular las calles de la *Fusina*, del *Cónsul* y *dels Horts*, lindantes con la muralla, sin duda las más bellas y deleitables de Barcelona por la elegancia de sus casas y la amenidad de sus jardines, poblados de árboles frutales y embellecidos con una profusa copia de lindas y raras flores, en cuya adquisición parecían andar a competencia los vecinos. Sobresalían a todos ellos el del cónsul de Holanda, principalmente por los caprichosos juegos de agua artificiales que lo adornaban. Las casas de la *Ribera* casi todas pertenecían a las familias más distinguidas de la ciudad. Era, en fin, aquel un barrio en extremo agradable, que no dejaba de visitar forastero alguno, admirándose que, dentro de los muros de Barcelona, se encontrase un sitio que nada tenía que envidiar al campo en punto a amenidad y holgura. La muralla de la Puerta Nueva a la de San Daniel, y más la de ésta a la del Mar, era un paseo deliciosísimo : por una parte, la verde y dilatada campiña, por otra, los floridos jardines particulares, aquí la hermosura de los edificios, allí la vista de la playa; donde quiera presentábanse bellos y variados cuadros.»

Tal era el asiento de la insigne y noble capital de Cataluña y el aspecto que ofrecía de belleza, al decir de muchos escritores y de los que se acaban de citar, cuando de la inimitable pluma del inmortal Cervantes brotó : «Y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspon-

dencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única», palabras todas dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria de las gentes futuras.

ESTE OPÚSCULO, EDITADO EN HONOR DE CERVANTES Y A MAYOR GLORIA DE LA CIUDAD DE BARCELONA, GRACIAS A LA MUNIFICENCIA DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE LA MISMA, SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD EL DÍA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1927